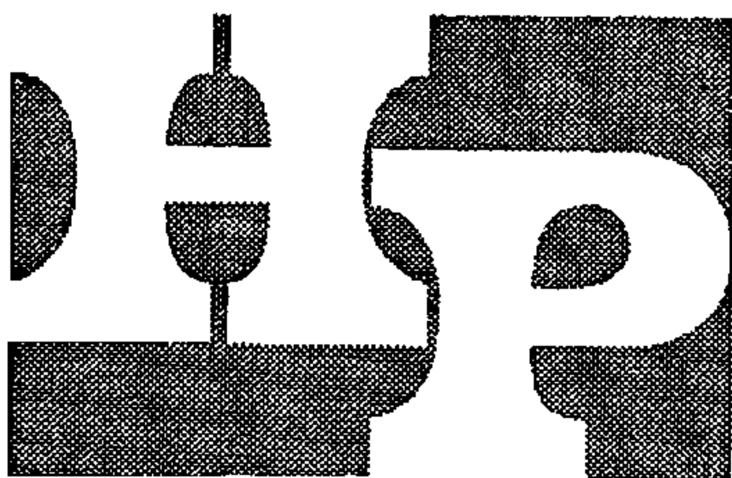
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

LAS HUELLAS DEL DIABLO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LAS HUELLAS DEL DIABLO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 71
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 12181-1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

El hombre que estaba sentado en el despacho del notario Salinger, de la ciudad de San Luis, era uno de los más extraños que podían verse en la populosa villa de las riberas del Mississippi.

Llamaba la atención su atuendo vaquero, cubierto de polvo, como si hubiera hecho una larga cabalgada. Sus revólveres limpios, recién engrasados y en disposición de tiro. Las cinco muescas que había grabadas en la culata de cada uno de ellos.

A pesar de que San Luis era una ciudad violenta, se había civilizado mucho en los últimos años, y ya no era frecuente ver en sus calles —sobre todo en las calles elegantes—, tipos cubiertos de polvo y con muescas en sus revólveres.

El notario carraspeó y dijo:

—¿Es usted Dan Morton?

—Sí, señor.

—¿De Carson City, Nevada?

—Exacto, señor.

—¿Cuándo ha llegado a San Luis? A juzgar por su aspecto, viene usted a caballo desde las Montañas Rocosas.

—Se equivoca, señor. Estaba trabajando en un casino flotante de los que surcan el río cuando recibí su carta, la cual casi había dado la vuelta a los Estados Unidos. Pero me he vestido así porque inmediatamente pienso marchar de nuevo hacia el Oeste, y hace poco, además, he tenido una pelea. Por eso llevo las ropas cubiertas de polvo.

El notario dirigió una mirada temerosa a los revólveres y manoseó unos papeles que tenía encima de la mesa.

—Le he pedido que viniera porque deseo leerle el testamento de su primo, el difunto señor Thomas Gardner.

—Eso me decía usted en su carta.

—Pues bien, si me permite se lo leeré. Pero como adivino que usted es un hombre a quien le gusta ir directamente al grano, voy a ahorrarle toda la parte de introducción y de preparación legal del documento. Resumiré éste diciéndole que el difunto Thomas Gardner deja heredero de todos sus bienes y derechos a Percy Loman y a usted, por partes iguales.

Dan Morton hizo un gesto suave, acariciándose el mentón con las puntas de los dedos de la mano derecha.

—Percy Loman murió —dijo.

—¡Oh, en tal caso es usted heredero único, puesto que en el testamento se establece así! Pero tiene que demostrar la muerte de Percy Loman, como es lógico. La Ley lo exige.

—Comprendo.

—Debe hacer legalizar la copia del testamento que voy a entregarle ante el juez titular de Carson City, y una vez hecho esto deberá demostrar también ante el mismo que Percy Loman está muerto. Ello bastará para que el juez le reconozca a usted como único heredero, y le ponga en posesión legal de los bienes de Thomas Gardner.

—¿Y si esos bienes están en poder de otro?

El notario carraspeó…

—¡Ejem! Demasiado sé yo cómo son las cosas en el Oeste. Quiere usted decir que el juez puede entregarle legalmente los bienes, pero usted tendrá que obtenerlos a punta de revólver, ¿no? Bien, tal asunto escapa ya de mi incumbencia. Yo me limito a darle noticia del testamento y a decirle lo que debe hacer con él.

—Comprendo.

—Ahora mismo le entregaré la copia.

—Una cosa…

—Diga…

—¿Cómo puedo yo certificar que Percy Loman está muerto?

—¿Usted está seguro de ello?

—Sí.

—Pues en tal caso presente un certificado de defunción. Si no le fuera posible obtenerlo, lleve ante el juez los testigos que vieron morir a ese hombre. Será bastante.

—Comprendo.

—Hay algo más, señor Morton.
—¿Más?
—Sí. Una cláusula en el testamento, que usted debe conocer. En ella se determina que usted tiene la obligación moral de encontrar a una muchacha que el año pasado vivía en Santa Fe, Nuevo México.
—¿Qué clase de muchacha?
El notario carraspeó.
—Verá… El testamento no es muy explícito en esto. Su primo, el señor Thomas Gardner, tuvo en cuenta la posibilidad de que usted o Percy murieran. Pero refiriéndose a usted dijo (con perdón) que era usted un cabeza loca y un sinvergüenza, y que si la diñaba (son sus palabras exactas) nadie iba a lamentarlo. Refiriéndose a Percy Loman, en cambio, empleó otras palabras. Dijo que Percy era una persona más sensata y más calculadora, y que si moría es seguro que habría alguien que lo lamentase, puesto que Percy no era de las personas que pasan por el mundo sin dejar afectos. Thomas Gardner, el testador, sabía que Percy tenía una novia en Santa Fe, Nuevo México, y le encomendó a usted que la buscara en el caso de que Percy muriese.
—¿Y para qué diablos he de buscar yo a esa chica?
—Para darle un diez por ciento de la fortuna que usted herede.
—¿Quéeee?
—Eso he dicho: un diez por ciento, lo cual sumaría una buena montaña de dólares.
—¿Y qué ocurre si yo no busco a esa chica?
—Nada. Absolutamente nada.
Ahora Dan Morton arqueó una ceja.
—¿Nada?
—Entra usted en posesión de la herencia igualmente.
—Bueno… Esto… es un poco extraño. Lo lógico era que primo Gardner me hubiera dejado sin la pasta, caso de contrariar sus deseos.
—El no haberlo hecho así —dijo el notario—, indica que creía en usted, y que no le consideraba tan cabeza loca y tan sinvergüenza como dice en su testamento.
Dan Morton guardó un momento de silencio. Todo aquello, la verdad, le confundía bastante. Lo mejor sería no complicarse la vida y no andar buscando muchachas perdidas por el Oeste, pero…

El notario preguntó:

—Ya conoce usted el deseo del difunto. ¿Qué hará?

Dan Morton abrió los brazos, haciendo un gesto de resignación.

—¡Qué remedio! Buscar a la chica…

—Celebro su actitud, señor Morton —dijo seriamente el notario —. A la larga resultará que es usted idiota, pero no un sinvergüenza como temía el difunto señor Gardner.

Dan, que estaba encendiendo un cigarro, miró de reojo al notario, pero no dijo nada.

—Muy bien —susurró al fin, exhalando uno bocanada de humo —. ¿Y cómo se llama esa chica?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe?…

—Pues… no. No tengo la menor idea, señor Morton.

—¿No dice eso el testamento?

—No, señor Morton. El testamento se limita a decir que la muchacha vivía en Santa Fe hace un año. También dice algo más, pero… ¡resulta tan extraordinario!

Dan Morton no hizo caso de estas últimas palabras. Susurró:

—No tenía la menor idea de que Percy hubiera estado en Santa Fe, comprometiéndose allí con una chica.

—Es que ustedes, según parece, no se trataron mucho últimamente. En cambio, el difunto señor Gardner sí que lo sabía.

—¿E ignoraba incluso el nombre de la muchacha?

—Así es, señor Morton.

—¿Qué edad tenía? O mejor dicho, ¿qué edad tiene?

El notario se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Y no hay el menor indicio o señal del sitio donde yo pueda encontrarla ahora? Parece como si en el testamento se me pusieran trabas a propósito para que yo no me moleste en buscarla.

—Quizá el señor Gardner le conocía a usted bien —dijo el notario, que era mucho más psicólogo de lo que parecía—. Quizá adivinó que usted no sentiría curiosidad por una empresa fácil, pero en cambio se lanzaría de cabeza a resolver una empresa difícil.

Dan Morton, en silencio, reconoció que sí. Él era de esos condenados tipos a los que sólo les gustan las cosas difíciles y que por eso acaban colgados de un árbol o conteniendo en su cuerpo

más plomo que el que hay en una armería.

—Muy bien —susurró—, pero al menos deme una pista, algo que me ayude. Creo recordar que usted ha dicho hace unos momentos que el testamento contenía algo extraordinario.

—Así es. Algo tan extraordinario que no sabría con qué palabras explicarlo. Porque el testamento dice que usted reconocerá fácilmente a esa muchacha en cuanto la vea. Dice que la reconocerá porque ella lleva la marca del diablo.

CAPÍTULO II

El hombre comenzó a acercarse lentamente. Sus manos se dirigieron hacia la muchacha.

Nada haría retroceder a un tipo como Sabré. Nada, ni una bala entre las cejas, le haría cambiar de propósito en aquellos trágicos momentos.

Coral no gimió. ¿De qué iba a servirle? No trató de huir tampoco. Tenía la pared a su espalda y mediante un ágil movimiento podría tal vez llegar hasta el tabique de su izquierda. Pero allí aguardaba el escorpión, con la cola erguida, furioso y atento.

El hombre la atraparía igualmente, estrujándola entre sus manazas duras como la piedra, y, sin embargo, viscosas y ágiles como el cuello de un reptil. La única salida de la casa era la que precisamente Sabré tapaba con su cuerpo.

Para salir no quedaba más remedio que echarse encima de él.

Y Coral lo intentó.

Su gemido se mezcló esta vez con la imprecación del hombre. Coral era joven y ágil pero no lo bastante para aquellas circunstancias. Su salto quedó cortado a la mitad del camino por las manazas de Sabré. Éste la estrujó, la zarandeó salvajemente, la besó en la boca.

El escorpión, excitado, se acercó haciendo rápidos movimientos con la cola. Sabré tuvo la suficiente serenidad, aun en medio de su locura, para propinarle un puntapié y enviarlo a la pared del fondo. El caparazón del animal produjo un ruido sordo al chocar contra la madera. Pero la cola siguió levantada.

—¡Suélteme! ¡Suélteme, granuja!

La voz de Coral se ahogaba entre las paredes carcomidas, sobre

el suelo de arena en que los escorpiones habían construido una madriguera. El sol inclemente, rojo, entraba por las aberturas del techo, concentrando el calor en la pequeña habitación.

Coral sintió que el aire espeso la ahogaba, dejándola sin fuerzas.

—¡Canalla! ¡Canalla! —repitió sordamente.

De nada servían las palabras, sin embargo. Ella lo sabía bien. Sabré se llevaría una sarta de insultos, pero acabaría consiguiendo su propósito. Y aún esos insultos habrían resbalado indiferentes sobre su piel, dura, tostada. Para él eran casi caricias.

La besó otra vez en la boca, más fuerte que antes.

Y entonces Coral se desmayó. O mejor, estuvo a punto de desmayarse.

Se recuperó al percibir en el silencio espeso, cargado de amenazas, de la casa, una profunda y metílica voz:

—¿Es usted Sabré, amigo?

El hombre que tenía sujeta a Coral se volvió con una rapidez meteórica, «sacando». Tenía fama de ser uno de los hombres más rápidos de Nevada y sus enemigos muertos formaban ya legión tras las fronteras del Más Allá. Y lo puso en práctica ahora, pero el hombre que tenía detrás parecía haber aprendido en la misma escuela.

A través de la funda disparó contra el revólver derecho de Sabré, el que éste iba a emplear, cuando aún no había salido al aire. La bala partió el cañón, segándolo limpiamente como un tallo de maíz.

—No me gusta que interpreten mal mis palabras —dijo el hombre—. Yo sólo he querido saludarle, e incluso le he llamado amigo. Pero al oírme ha pensado que soy tan granuja como usted, poniéndose enseguida en guardia. Y eso no me gusta.

Sabré, atónito, miró al desconocido.

—¡Dan Morton! —exclamó, como si no diera crédito a sus ojos —. ¡Dan Morton!

Coral, bruscamente, libre de los brazos que la estrujaban, había caído al suelo.

Desde allí contempló al hombre que la había salvado. Era un tipo alto, delgado, y tendría unos veinticinco años. Desde su sitio. Coral sólo podía distinguir que el desconocido tenía una espléndida figura, pero no si era guapo o feo. El sol le daba en los ojos y la tenía completamente deslumbrada.

Cierto que el aspecto del recién llegado le importaba poco, pues Coral, en aquellos momentos, hubiera saludado con alegría a una legión de leprosos.

—¡Dan Morton! —repitió Sabré como hipnotizado.

—Sí. ¿Qué ocurre? Ni que mi nombre se te hubiera quedado grabado en la lengua… ¿Tan sorprendentemente es que aún siga con vida?

Sabré acercó suavemente su mano hacia el otro revólver. Si fingía estar asustado, tal vez…

—Yo no fui quien mató a tu mejor amigo. Yo sólo le perseguía. Fueron Benson y Stuart quienes le torturaron. ¡Tú lo sabes, Dan Morton! ¡Fueron de ellos!

El otro se pasó las manos por la pechera de la camisa, como limpiándosela. Aquella camisa era a cuadros azules muy oscuros. Su pantalón tejano también era azul, y sus botas negras. Llevaba al cinto dos revólveres y un largo cuchillo.

—¡Oh, no he venido por eso, Sabré! ¿No he comenzado por decir que sólo quería saludarte?

—¡No te creo, Dan! ¡Pero no me mates! ¡Sobre todo, comprende mi situación! ¡No me mates!

—¡Tienes un escorpión a tu espalda, Sabré!

El amenazado no se volvió. Sin duda, Dan quería distraerle para dejarle seco de un balazo. Tensó todos sus músculos, dispuesto a seguir hasta el fin con la estratagema.

—Si lo deseas te ayudaré a buscar a Stuart…

—Tal vez me interese.

Dan Morton parecía distraído. Aquélla era la ocasión de Sabré.

Nuevamente su imprecación se mezcló con un gemido de la muchacha. Ahora por causas bien diferentes. Mientras Sabré «sacaba» se inclinó un poco para disparar mejor. Dan, sin inmutarse, disparó otra vez a través de la funda. Aquello parecía no importarle gran cosa, y diríase que estaba asistiendo a un juego estúpido. Su disparo ni siquiera fue a matar. Alcanzó en una pierna a Sabré antes de que éste lograra apretar el gatillo, y lo hizo caer hacia atrás. Coral ya se había levantado, y el cuerpo de Sabré chocó contra la arena al desplomarse… Arena blanda y caliente por donde el escorpión se movía a gusto, excitado, moviendo con saña su cola venenosa… Coral jamás había visto a un hombre atacado por

semejante alimaña. Chilló histéricamente al ver que el escorpión se pegaba a la cabeza de Sabré levantando más la cola. Cuando Dan disparó, deshaciéndolo, ya había clavado tres veces el aguijón en la mejilla izquierda de Sabré. Éste gritó y quedó rígido, con las manos crispadas sobre la arena.

—¡Dios mío! —susurró Coral. La frase surgió sola del caos de sus pensamientos—. ¡Esto es horrible!

—Ni usted ni yo tenemos la culpa —dijo Dan acercándose y enfundando su revólver derecho—. Ha sido el escorpión. Es decir, el destino.

Al acercarse el hombre, Coral vio que, desde luego, no era feo. Nada de eso. Tenía unas facciones rígidas un poco cuadradas, duras, intensamente viriles. Sus labios delgados parecían en su rostro una línea profunda y seca.

—Pero ese hombre no ha muerto todavía —dijo la muchacha—. El veneno de los escorpiones…

—Sí, ya sé. No es de efectos instantáneos. Pero fíjese en las picaduras. Dos en la mejilla izquierda y una en la sien. Acérquese a ese hombre y verá que está más muerto que el inventor de la horca.

Coral, con visible repugnancia, pero animada por un deseo caritativo, se acercó a Sabré y le puso una mano sobre el corazón. Luego el oído. No había duda. Estaba muerto.

—¡Ha sido horrible! —repitió.

—Me parece que su situación de hace unos momentos no era mejor que la de Sabré ahora. ¿Cómo diablos se le ocurrió acercarse aquí?

La muchacha le miró con unos profundos ojos negros. Tenía una mirada obsesionante, acostumbraban a decir los hombres, y ella lo creía.

—Cuando vine aquí creí que estaría sola.

—Ya…

—¿Qué quiere decir ya?

—Que me parece usted una palomita. Siga.

—Ese hombre, Sabré, iba tras de mí. Intentó…

—Me lo imagino. Era un hombre muy bien educado.

Coral se llevó una mano a la frente. Estaba abrumada.

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—No lo sé. Y lo más curioso es que no va usted mal vestida.

La muchacha, en efecto, lucía un hermoso vestido blanco de amplio escote que no estaba al alcance de cualquier bolsillo y que no podía comprarse en cualquier población. Eso sí, la tela estaba rota, pero Dan, con una mirada insistente, supo ver que el tejido era nuevo.

—Vas bien vestida… —dijo otra vez.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Lo lógico es que hubieses entrado en los terrenos de Clarkson para robar. Para robar pepitas de oro.

La muchacha parecía sinceramente sorprendida.

—¿Hay oro aquí?

—Sí, y mucha gente entra en los terrenos y llega hasta el riachuelo para apoderarse de ellas, haciendo caso omiso de que estos terrenos sean propiedad del todopoderoso Clarkson y de que estén guardados por gorilas como Sabré. Incluso entran, mujeres, ésa es la verdad, pero todas van detestablemente vestidas.

Chasqueó la lengua. Coral le miró con creciente curiosidad.

—Parece muy enterado. ¿Cómo sabe usted todo esto?

—¡Oh, porque yo mismo he entrado para robar! —sonrió amigablemente, dando un paso hacia la joven. Y añadió—: No es la primera vez.

Sus ojos eran negros, profundamente negros. Coral los contempló. Aquel hombre daba la sensación de estar sonriendo con la mirada y, sin embargo, no era difícil comprender que aquellos ojos también podían significar una sentencia de muerte.

—No he venido aquí para robar —dijo Coral—. ¿Me cree usted capaz de una cosa semejante? Venía en la diligencia cuando nos asaltó una cuadrilla. El carruaje volcó y todos huimos por donde nos fue posible.

—Sí, ya he visto una galera volcada a unas dos millas de aquí. Hay un hombre muerto entre las ruedas y ni rastro de los viajeros. Pero tampoco de los bandidos.

Se acercó perezosamente a la muchacha. Ésta se dio cuenta entonces de que el hombre llevaba un lazo negro para cerrar su camisa. Fijándose bien en él, podía verse que en sus facciones había una tristeza oculta, profunda.

—¿Se llama, en efecto, Dan Morton?

—Sí.

—Y ese Sabré…, ¿le conocía de verdad?

—Mucho. ¿No conocería usted al que le hubiese cercenado un dedo?

Y señaló el cadáver. La muchacha pudo entonces darse cuenta de que a Sabré le faltaba el pulgar de la mano derecha.

Todo aquello no le gustó. Estaba, sin duda, junto a un pistolero profesional, un tipo quizá tan temible y perverso como el que ahora yacía muerto a sus pies.

—Estoy encantada de conocerle, señor Morton —dijo precipitadamente—. Y ahora permítame marchar.

El joven no hizo nada por detenerla. Únicamente en sus labios flotaba una media sonrisa burlona. Coral no supo por qué, pero lo averiguó al dar dos pasos hacia la puerta.

—¡Cuidado!

Un resquicio del techo, justo sobre la cabeza de la muchacha, seguía dejando filtrar el sol. Pero ahora de una forma extraña. Porque un gigantesco escorpión se había deslizado hasta allí, no se sabía cómo, y estaba a punto de dejarse caer sobre la muchacha.

Coral oyó un ruido metálico a su espalda y luego un disparo.

El escorpión cayó justamente a sus pies, pero ya con el cuerpo limpiamente atravesado por una bala.

—Hace usted mal en aventurarse sola por esta tierra. Está llena de escorpiones, de pistoleros y de trampas.

La muchacha, con el sobresalto, había permitido que asomara una pequeña bolsita de piel que ocultaba en su escote. Morton, de un manotazo, con una mueca fría y seca en los labios, se la arrebató. Luego, mientras la abría, dejó que en su rostro flotara la misma sonrisa burlona.

La bolsa contenía numerosas pepitas de oro.

—¿De modo que no robabas? Estoy conmovido ante tu sinceridad y tus buenos sentimientos, muñeca. Hay aquí una buena cantidad de pepitas de oro. ¿Te han llovido del ciclo?

Coral guardó un silencio hostil, apretando los labios en una mueca de desprecio.

—Eso a usted no le importa.

—Al contrario, muñeca. Esto me importa tanto que me quedare con el botín. Al fin y al cabo yo había venido a buscar algo semejante.

Contempló con atención el borde de la falda de la muchacha y pareció decirse que en todo aquello algo no marchaba bien.

—Es imposible que tú, con esa ropa, te hayas dedicado a lavar en el río. ¿Tienes a alguien que trabaja para ti?

Coral se mordió los labios.

—Aquí todo el mundo trabaja para Clarkson. Pretender acercarse al río para sacar pepitas es jugarse la vida. Este oro se le cayó a uno de los viajeros de la diligencia.

—Te creo. Uno de los viajeros de la diligencia. Sigue. ¿Cómo sabes tú lo que ocurre en los terrenos de Clarkson, si vienes de lejos?

—Usted mismo me ha hablado de ellos hace muy poco. Y lo he oído decir en otros sitios. Tierras de Clarkson, tierras de muerte. Un viejo me explicó que aquí el oro siempre está manchado de sangre.

Morton guardó la bolsita de oro en uno de sus bolsillos.

—Puede.

Miró fijamente a la muchacha y luego lanzó como un silbido.

—Lárgate.

En cierto modo, Coral lo estaba deseando. A pesar de la perdida que acababa de sufrir, gustosamente renunciaba a todo con tal de escapar de aquella casa y de la proximidad del horrible cadáver de Sabré. Pero le sorprendió que Morton se lo ordenara de una manera tan seca, tan intempestiva.

—Si alguien, quiero decir, si alguno de los guardianes de Clarkson aparece por el camino, le diré que usted se dedica a robar oro —amenazó.

—¡Oh, no se inquiete por eso! Diga sólo que ha visto a Dan Morton. Ellos imaginarán lo demás.

La muchacha se encaminó a la puerta, tras dirigirle una mirada de rencor. Pero antes de trasponer el umbral se volvió para decirle:

—En cuanto a ese oro, haré que me lo pague, Morton.

—Cuando guste.

Con los ojos entornados vio salir a la muchacha. Con los ojos entornados vio cómo se alejaba bajo el sol, bordeando peligrosamente las piedras plagadas de escorpiones. Lástima de chica; debía estar aliada con alguien para robar oro en las tierras de Clarkson. Un mal asunto. Sobre el fin que le aguardaba no era muy difícil hacer suposiciones. Morir de un disparo de rifle o tal vez de

algo peor. Los gorilas como Sabré sabían lo que quería decir algo peor.

Empezó a dar puntapiés con las tablas que formaban las paredes y desmontó una cuantas para tapar el cadáver de Sabré. Hecho esto se sintió más tranquilo, a pesar de que tuvo que luchar a patadas con los tres o cuatro escorpiones furiosos a los que había interrumpido su siesta.

Coral no era ya más que una mancha blanca en el camino pedregoso. Lástima de chica, volvió a pensar Morton. Ladrona como él. No iba a ser agradable su destino.

Y, sin embargo, ésta no era la vida que a Dan Morton le hubiera gustado vivir. Parecía aceptarla complacido o, cuando menos, indiferente, pero la verdad es que sólo tres años antes no hubiese creído que éste tuviera que ser su destino. Tres años antes había disputado legalmente aquellas tierras a los gorilas de Clarkson…

CAPÍTULO III

Hay cosas en este mundo que no están bien. Por ejemplo, que un tipo como Clarkson pudiera dormir sobre un colchón de plumas, con sábanas de seda y con la habitación llena de recuerdos de mujeres a las que había conquistado. Y que, entretanto, Dan Morton tuviera que dormir en una especie de cueva llena de arañas gordas como puños y de gusanos que continuamente estaban disputando su lugar a las arañas. Esto no estaba bien, pensaba Dan filosóficamente. Un tipo como él debería estar durmiendo en la cárcel, y uno como Clarkson en el rincón más inhabitable de cualquier tumba.

Pero las cosas son como son, y uno no puede cambiarlas. Dan tuvo que conformarse con expulsar a los gusanos y a las arañas, que contraatacaron varias veces durante la noche, mientras Clarkson se estiraba, perezosamente entre las sábanas de seda, pensando en la fiesta que iba a dar con motivo de su próxima boda.

Porque Clarkson, además de mucho oro y muchos pistoleros, tenía una novia suculenta. No una novia muy cariñosa, ésa era la verdad, porque todo no se ha de tener en este mundo. Pero sí con unos ojos, una boca y unas caderas, que puestos a escoger entre ellas y un jarro de agua fría en el centro de un desierto uno escogía a la chica, aunque luego, claro está, tipos como Clarkson y Dan Morton se bebieran también el agua.

En la intención de Clarkson aquélla tenía que ser la fiesta más suntuosa de cuantas se habían celebrado en Nevada en muchos años. Pensaba invitar a las damas más bellas, los hombres más ricos e influyentes y hasta a un *sheriff* a quien cierta vez, en un desafío cercenó una oreja. Ni que decir tiene que el *sheriff*, a partir de entonces, no había pensado más que en conservar la otra, por lo

que era un rendido admirador del oro, de las artimañas y de la novia de Clarkson.

Éste había repartido invitaciones por toda la comarca, enviándolas también, mediante correos a caballo, a los más apartados rincones del territorio. El día en que a Dan Morton se le ocurrió poner de nuevo los pies en aquella tierra, varias docenas de lujosos carruajes se dirigían desde los más diversos lugares a la lujosa residencia de Clarkson. En ellos viajaban hombres ricos e influyentes y mujeres hermosas, cosas ambas que suelen ser inseparables una de la otra.

Dan Morton, después de su noche infernal en la cueva de las arañas, iba caminando por una de las polvorientas rutas que convertían a Nevada en una especie de paraíso para los asmáticos, cuando uno de los lujosos carruajes que se dirigían a la mansión de Clarkson estuvo a punto de arrollarle.

—¡Aparta de ahí, cerdo! —rugió el mayoral haciendo silbar el látigo—. ¡No debería permitirse que la carroña fuese por las carreteras!

Dan se apartó, no a causa de tan amables palabras, sino porque las ruedas habían estado a punto de triturarle.

—¡Detente! —rugió—. ¡Tengo que enseñarte unas cuantas fórmulas de cortesía!

El otro siguió haciendo silbar el látigo y riéndose de aquellas amenazas estúpidas; pero cuando sucedió lo increíble se detuvo. Y lo increíble fue que una bala de Dan partió el látigo limpiamente, junto a la empuñadura, a pesar de que el mayoral no había cesado de moverlo.

Cuando un tipo que hace alardes de puntería de esta dase manda algo, lo mejor es obedecer.

—Suelta el rifle.

El mayoral lo lanzó al suelo por encima del carruaje.

—Está bien, intenta ahora una jugada y te abraso.

El conductor no la intentó. Dan abrió la portezuela e instantáneamente se hizo a un lado. La bala silbó junto a su cabeza.

Mientras se lanzaba al suelo. Dan cruzó el hueco de la portezuela e hizo fuego. Un tipo de unos cuarenta años, que era el que había usado el revólver, se encogió, soltándole, con la mano atravesada.

—Sólo me gustan las bromas si se me avisan con una hora de anticipación. Si quiere, intente algo más y le volare la cabeza.

El hombre no lo intentó. Dan llevaba una barba inquietante, y el fulgor de sus ojos hubiera puesto la carne de gallina a un muerto.

—Sin embargo, eres un hombre guapo.

Dan desvió la mirada. Se dio entonces cuenta de que el carruaje iba ocupado por el hombre a quien acababa de herir y dos mujeres por las que hubiera valido la pena beberse toda el agua del lago Salado. Jóvenes, bien vestidas, finas… y provocativas, le dejaron sin saliva en la boca. La que estaba más cerca era la que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, le había llamado guapo.

En este momento sus ojos chispeantes y burlones le recurrían de arriba abajo, sin sentir la menor inquietud por la presencia amenazadora del revólver. Y comprobó que aquel hombre, pese al polvo que cubría sus ropas, y la barba que ensuciaba su rostro, era uno de los tipos más arrogantes y atractivos que ella había visto nunca. Un tipo bien terminado, vamos. Las madres de Nevada no habrían criado muchos como aquél en los últimos veinte años.

—No me gusta que se rían de mí —dijo secamente Dan Morton.

—¿Dices lo mismo siempre que le gustas a una mujer?

Dan, temiendo una trampa, hizo más clara la amenaza de sus revólveres.

—¿Quiénes son estas damas? —preguntó al individuo que seguía apretándose la mano.

—Mi prometida Elsa y mi prima Leonor. Leonor es la que ha tenido el mal gusto de llamarle guapo. Ambas son cantantes y actuarán en la fiesta de Clarkson.

—¿En la fiesta de quién?

—Comprendo que un patán como usted no haya oído jamás ese nombre. ¡De Clarkson!

De este modo fue como Dan Morton se enteró de que su mortal enemigo preparaba una fiesta.

—Tienen aspecto de venir de muy lejos y no lo hubieran hecho tratándose de una fiesta ordinaria. ¿Qué celebra Clarkson?

Leonor puso sus ojos en blanco.

—Su próxima boda. ¿Le parece poco?

Dan tragó saliva.

—Pero ¿hay alguna mujer que acceda a casarse con un tipo

como Clarkson?

El de la mano herida sonrió desdeñosamente.

—No creo que un individuo como usted tenga nada que decir en cuanto a la elegancia y la moralidad de los otros hombres.

—No, ciertamente. Pero ésta es cuestión aparte. Tienen ustedes una invitación, ¿no es cierto?

—Tres invitaciones —dijo Leonor con una sonrisa prometedora, o más bien, comprometedora.

—Necesito una.

Los tres ocupantes del carruaje se miraron con cierto asombro. Leonor fue la primera en reaccionar y la que extrajo de su bolso una cartulina amarilla.

—Espero que tengamos el honor de verle allí, míster…

—Morton. Dan Morton.

Tomó la cartulina y, sin leerla, la guardo en uno de sus bolsillos.

—Nada más. Pueden continuar.

Extrañado el mayoral de que la aventura les hubiera salido por tan buen precio, no dio a Morton ninguna oportunidad para arrepentirse. Excitó a los caballos, y un minuto después, el carruaje corría alocadamente con la portezuela aún abierta.

Morton miró la cartulina amarilla.

¡De modo que Clarkson daba una fiesta!

Cuando un hombre ha estado años esperando la oportunidad de su venganza, cualquier proyecto, por atrevido que sea, le parece bien con tal de llevarla a cabo. Pero cuando ese hombre es un tipo como Dan Morton, la cosa resulta mucho más divertida.

Un tipo así es capaz de presentarse vestido de punta en blanco ante el anfitrión de la fiesta, al que obsequiará con doce balas, porque no caben más en los revólveres.

«Iré a la fiesta», se dijo a sí mismo.

La pompa y el boato de que sin duda se rodearía Clarkson, constituiría el mejor ceremonial para acompañar su muerte.

Aquella noche, Dan Morton se presentó ante la suntuosa casa de su enemigo.

Había sido un palacio durante la época colonial. Era amplio, bien construido y suntuoso. Decían que era la mejor casa de la zona de Carson City y que sólo sus cortinajes valían una fortuna. Clarkson la compró cuando sus sicarios empezaron a sacar

montañas de pepitas de las arenas auríferas que lavaban en el río.

Ante la casa, Dan Morton no sintió envidia. No pensó siquiera que en buena ley aquello debió ser todo suyo. Recordó solamente que de niño jugaba con Percy, su amigo de toda la vida, por los jardines semisalvajes de la casa… Y recordó que el muchacho había muerto a latigazos, tras una terrible agonía, para que Clarkson la ocupara.

Y ahora, con su presencia, la estaba manchando.

No fue por envidia por lo que Dan decidió actuar aquella misma noche. Fue por el recuerdo de su buen amigo.

Vestido andrajosamente como iba, se ocultó entre los arbustos y esperó a que por allí parara algún invitado solitario que le pareciera conveniente.

Éste no se hizo esperar. Era un tipo joven, de expresión altiva, y Dan comprobó que sus medidas corresponderían más o menos a las suyas. Serviría. Antes había tenido que dejar pasar a dos por demasiado gruesos y a uno por demasiado flaco.

—¿Quiere enseñarme el reloj, amigo?

Dan había surgido de entre los arbustos encañonando al joven. Éste estuvo a punto de chillar, pero el revólver clavado en su estómago le cortó la respiración en menos de un segundo.

—¿Mi…, mi qué?

—Vamos, menos comedia. Necesito su reloj, sus adornos y sus ropas. Por adornos entiendo esa absurda camisa de puntillas que se ha puesto usted sobre el pecho. También necesitaré sus armas.

—No… No llevo.

Dan le palpó. Si él hubiese asistido a una fiesta como aquélla, habría llevado, al menos, un revólver de plata, pequeño, parecido a los que usaban las damas. Pero el tipo aquel no llevaba ni eso. Debía ser muy amigo de Clarkson, o muy tonto.

—Está bien. Desnúdate.

Durante la tarde. Dan se había afeitado en Carson City, que era la población más cercana a la residencia de Clarkson, pero aun así, su aspecto resultaba muy poco tranquilizador. El amenazado, tras una leve vacilación, obedeció.

Estaban ocultos entre los arbustos y, desde su escondite, oían perfectamente las voces de los otros invitados que se acercaban a la casa. Un solo grito hubiese significado la muerte para Dan, pues

Clarkson tenía a varios de sus gorilas desparramados por los alrededores, pero se propuso disparar si aquel jovenzuelo profería una sola voz de alarma. Esta decisión estaba tan claramente impresa en sus ojos, que el otro ni siquiera lo intentó.

—¿La ropa interior también? —preguntó lleno de vergüenza.

—No. Solamente la externa. Y ahora prepárate, amigo, porque vas a descansar un rato.

Le propinó un culatazo en la nuca, que le hizo caer sin sentido a sus pies. Luego lo ató fuertemente a un árbol, empleando nudos de marinero que había aprendido durante su largo peregrinaje de tres años. No podría desatarse por sí solo ni aunque se pasara toda la vida intentándolo. Por fin lo amordazó sólidamente, introduciéndole además un pañuelo en la boca.

Podría estar tranquilo durante la fiesta. Se vistió con las ropas recién adquiridas, y unos instantes después estaba convertido en un elegante caballero capaz de hacer lanzar suspiros hasta a la prometida de Clarkson. Por cierto, ésta debía de estar ciega o tener cara de caballo. De otro modo su compromiso no se explicaba.

Se acercó a la puerta ostentando su tarjeta amarilla. Dos pomposos y gruesos lacayos la examinaron por turno. Ninguno de ellos hizo objeciones.

Una extraña emoción sobrecogió a Dan Morton al entrar en la casa de su mortal enemigo. Una emoción que hizo lo posible por vencer, pero que se adueñó de sus nervios, haciéndole sentirse poco menos que indefenso en aquella ratonera.

Eran docenas los invitados a la fiesta. Hombres elegantemente vestidos según la última moda de las cortes europeas, y mujeres que nada tenían que envidiar a las de Nueva York o Filadelfia, pululaban por la sala dedicados por el momento a presentarse mutuamente, a observar y a criticar. Luego se abriría el baile, probablemente, y al fin se serviría una cena.

En un inmenso salón contiguo se veían ya dispuestas las mesas. Una orquesta ocupaba un estrado en un ángulo de la sala, cuya decoración estaba al nivel de la elegancia de los invitados.

Dan, acostumbrado a una vida salvaje y errabunda, no podía comprender que aquello fuese Nevada, su tierra, y que diez millas más allá de aquella casa, comenzara una pradera por donde aún erraban los bisontes y amenazaban los cuatreros.

«Todo esto parece un sueño —dijo para sí—. Un sueño que puede acabar en la muerte».

Pese a ir vestido de aquella manera, no dudaba de que Clarkson le reconocería inmediatamente. También le reconocería Stuart, su esbirro más eficaz, el que había matado a latigazos a Percy. Cuando se encontrase frente a esos dos les vaciaría limpiamente los revólveres en el cráneo, sin hacer ninguna clase de preguntas. Pero lo malo era si Leonor o Elsa, o el tipo que les acompañaba, le veían en la fiesta y le reconocían antes de que Clarkson y Stuart apareciesen. En tal caso tendría que sostener una desesperada lucha a muerte con los gorilas de guardia antes de conseguir su objetivo. En cambio, lo que pudiera ocurrirle después de eliminar a sus dos mortales enemigos le tenía absolutamente sin cuidado.

Se mantuvo, por tanto, semi oculto entre unos cortinajes, procurando no llamar la atención.

Creyó haberlo conseguido. Nadie se fijaba en él. Hasta que de repente aquella voz suave, dulce, lánguida pero maldita…

—Hola, guapo.

Se volvió para encontrarse con Leonor. La muchacha le había visto desde lejos, indudablemente, y se había acercado a él dando la vuelta a la sala, para no ser advertida. Ahora lucía la más picara de sus miradas y la mejor de sus sonrisas.

—Empezaba a temer que no viniera usted a la fiesta, míster…

—Te dije antes que me llamaba Morton. Dan Morton. Si quieres no olvidarlo más, te grabare la piel con una uña.

La muchacha no pareció inmutarse demasiado ante la amenaza. Ni siquiera pestañeó.

—Los hombres siempre dicen cosas así: te voy a deshacer con un beso, te voy a asfixiar entre mis brazos, te voy a convertir en la esclava de mi corazón… Nunca se les ocurre decir que le van a regalar a una un palacio como éste. En fin, estas ropas no te sientan del todo bien. ¿Las conseguiste del mismo modo que la invitación para la fiesta?

La muchacha iba vestida de un modo que marcaba. Dan Morton tuvo que mirar hacia otro lado.

—Sí. Y agradezco que no hayáis advertido a nadie.

—Es que…, la verdad es que no creímos que vinieras… Pensábamos que habías robado la invitación para comértela entre

dos rebanados de pan.

Los labios de Dan Morton se entreabrieron en una sonrisa. Pero ésta no duró ni medio minuto. Al instante, en el otro extremo de la sala retumbó una voz:

—¡Míster Stephen Clarkson y su prometida!

Todos los invitados dirigieron sus ojos hacia la escalera de mármol. Por ella descendía Clarkson, orondo y satisfecho como nunca, embutido en un traje que por lo menos había costado ochocientos dólares. Daba el brazo a una dama. A una dama celestial.

Dan Morton abrió y cerró los ojos cinco veces en cinco segundos. No porque la dama fuese hermosa. Eso le tenía sin cuidado. Sino porque era la misma a la que había sorprendido robando pepitas de oro en la cabaña de los escorpiones.

CAPÍTULO IV

A Dan Morton le habían pasado muchas cosas en su vida y, principalmente, en sus tres años de vagabundo. Ninguna como aquélla.

Quiso tragar saliva y notó que ésta se le había atascado, formando una bola en la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leonor, a quien la reacción del joven no había pasado inadvertida—. No me irás a decir que esa mujer es tu madre o algo parecido…

—¡Cállate de una vez!

Dan Morton no había venido dispuesto a gastar cortesías con un tipo del calibre de Clarkson.

Verlo, «sacar» y dejar roto el gatillo de tanto hacer disparos. Eso era lo que se había propuesto, por muy poco de elegante que fuera. Pero al ver a Coral del brazo de aquel hombre, sintió que el misterio le obsesionaba y que la sorpresa le producía una especie de dolor en el pecho.

—¿Conoces tú a esa mujer? —susurró, mirando a Leonor. ¿Quién es?

—¡Vaya! Un flechazo, ¿no?

—¡No! Únicamente te he preguntado quién cuerno es esta mujer.

—Una señorita del Este. Vino hace un año, y Clarkson se enamoró de ella. No dejó de asediarla hasta que se convirtió en su prometida. Bueno, esto es lo que se dice por aquí. Yo personalmente opino que ella ha sabido emplear la táctica más adecuada.

Dan no respondió. Clarkson y Coral habían terminado de bajar las escaleras y ahora iban estrechando la mano por turno a los invitados que casi en tropel se habían acercado hasta ellos. La muchacha estaba algo pálida, pero sonreía del modo más alegre a

todo el mundo. Dan llegó a pensar si no se encontraría ante un caso de hermanas gemelas, como en una novela que leyera tiempo atrás y que terminaba con el protagonista loco por no saber con cuál de las dos casarse.

Se aproximó un paso a las escaleras, sin darse cuenta. Leonor le siguió.

—¿A qué has venido aquí en realidad, Dan? —Su voz era dulce y armoniosa, pero denotaba inquietud—. ¿Qué es lo que te propones?

Él no contestó. Miraba como obsesionado al pie de las escaleras de mármol y se iba acercando a ellas sin tener en cuenta el peligro que correría si era reconocido.

—Tienes que decirme a que has venido, Dan.

La voz de Leonor pareció sacarle de un profundo sueño.

—¿Yo? A pedir limosna. Me han dicho que la gente que asiste a esa clase de fiestas suele ser caritativa.

Dan se hallaba cerca de la escalera y es posible que, de no estar tan asediado, Clarkson ya le hubiera visto. Además, Dan llamaba poderosamente la atención porque era el único en la fiesta que llevaba revólveres. Los guardaespaldas de Clarkson los llevaban de corto calibre y escondidos debajo de las levitas, de modo que no se advirtieran. Él no. Él los paseaba con más orgullo que un *sheriff* recién estrenado.

En aquel momento, la suerte vino en su ayuda. Clarkson, sin duda molesto por tanto apretón de manos, hizo una señal casi imperceptible a los músicos, y éstos atacaron sin dilación el primer minué. Los invitados, sonrientes, se colocaron en dos filas, hombres frente a mujeres, para empezar la danza. Dan Morton se encontró frente a Leonor casi sin saber cómo.

—A mí no me gusta bailar esto; me gusta bailar otras cosas —dijo ella—. Por ejemplo, el vals. Podrías sujetarme por la cintura y yo no protestaría.

—Es que a lo mejor protestaría yo… —Gruñó Dan.

Y mientras decía esto, un terrible pensamiento acudió a su mente: él no sabía bailar.

—Yo te guiare —susurró Leonor, adivinando su problema—. Haz todo lo que yo te iré diciendo en voz baja.

No muy lejos estaban Elsa y su prometido. Le habían visto claramente, pero no se atrevían a intervenir, al parecer, hasta estar

bien seguros de lo que Leonor se llevaba entre manos.

Resultó que bailar era más difícil de lo que a primera vista parecía. Uno tenía que hacer reverencias aquí y allá, dar primero una mano, luego otra… Era inútil que Leonor le fuese dando nerviosas instrucciones en voz baja. Además, Leonor se alejaba. Y lo más gracioso era que Coral se había ido acercando a él en los sucesivos cambios de pareja; un minuto más y estarían frente a frente.

Estuvieron frente a frente.

Coral quedó blanca al ver quién era el que le daba la mano. Luego cenó los ojos e hizo un enérgico mohín con los labios tratando de disimular su turbación. Fue en aquel momento cuando Dan adivinó que ella era una mujer capaz de arrastrarlo todo…

—Nuestro segundo encuentro resulta muy diferente del primero —musitó Dan.

—¡Cállese! ¿Cómo se ha atrevido?

—Eso es lo que yo te pregunto.

Coral le dirigió una mirada relampagueante que lo denotaba todo menos amistad… Iba ya a responder, cuando en este momento cesó la música.

—Iré a la terraza —dijo Dan—. Necesito hablar contigo.

Dio media vuelta y salió por una amplia puerta situada al fondo, a la gran terraza contigua al jardín, donde el invitado a quien atacara aún debía estar tragándose el pañuelo. Tenía la casi absoluta seguridad de que Clarkson no le había visto, y por eso salió con naturalidad y sin adoptar ninguna clase de precauciones. Pero una vez en la terraza se situó en una zona de sombras. Porque estaba completamente seguro de que Coral advertiría la anormalidad a su flamante prometido, aunque ella también tuviera cosas que callar.

La noche era fresca y apacible. A través de la ventana llegaba ahora un sonido de violines. Daba gusto estar allí.

Aguardó unos cinco minutos, con las manos colocadas como por distracción a la altura de los revólveres. Temía que fuese Leonor la que apareciese por allí, pero en lugar de ella fue Coral, que al fin salió, buscándole con los ojos.

Dan había encendido un cigarro hallado en la levita. Dio una fuerte chupada, y la leve claridad de la lumbre le identificó a los

ojos de Coral. La muchacha se dirigió sin vacilaciones hacia él.

—Hola, buena pieza —dijo Dan lanzando el humo al aire—. ¿Se ha dado cuenta Clarkson de que venías hacia aquí?

—No tardará ni dos minutos en advertirlo. Y oiga usted, pobre majadero, infeliz rata de cuartel, pistolero sin gatillo; si he salido a verle es porque hace muy poco me salvó de un grave peligro y debo estarle agradecida. Por eso le digo: recoja velas y lárguese con viento fresco. Clarkson le matará. Tiene guardianes en todos los puntos de la casa.

—¿Matarme? —suspiró Dan blandamente—. Si estoy aquí es porque me ha invitado él.

La sorpresa hizo parpadear a la muchacha.

—No lo comprendo. Si es su amigo, ¿por qué liquidó a Sabré, uno de sus mejores lugartenientes? ¿Por qué le dijo a él no sé qué de que iba a matar a Benson? ¿Y por qué se porta de ese modo, hijo de los demonios?

Dan dio otra chupada al cigarro. Sabía amargo y lo arrojó al suelo. Para el precio que le había costado…

—Olvidas que tú también tienes cosas que explicarme, Cenicienta. ¿Qué cuerno hacías en aquella casa llena de escorpiones? ¿Y por qué llevabas encima la bolsa llena de pepitas de oro? ¿No es que la cosa me importe demasiado, pero antes de matar a Clarkson quiero descifrar este enigma?

La muchacha calló, confusa, no sabiendo qué responder a preguntas tan directas. Dan, por su parte, estaba más perplejo que nunca. Que Coral era una dama no cabía duda alguna, viendo la distinción con que lucía el hermoso vestido y las costosísimas joyas que la adornaban. Además, bailando, era una perfección de mujer, toda armonía, elegancia y ritmo. En el Oeste, desde luego, no le habían enseñado a moverse así. Por otra parte, había en cada uno de sus gestos una distinción, una pulcritud, que a Dan Morton le hacían sentirse a su lado algo así como un caballo amaestrado que se está volviendo algo viejo.

—¿Quiere matar a Clarkson…? —susurró ella, por toda respuesta.

Los ojos de Dan adquirieron un brillo metálico.

—Sí.

La muchacha se encogió. «Ahora correrá a avisarle —se dijo Dan

—. Tendré que atizarle un culatazo y es lástima porque una cabeza como ésta derretirá el revólver».

La muchacha dio un paso hacia atrás, y Dan la sujetó por un brazo y por la cintura. Jamás había tenido una cosa tan fina, tan bella y tentadora, entre las manos. Coral se revolvió.

—¡No me toque!

—No te preocupes. Me marea tocar la seda.

En aquel momento apareció Clarkson. Venía sofocado y con los ojos chispeantes de ira. Reconoció a Dan Morton, sin duda, pero no hizo ningún ademán agresivo. Dan debió haber comprendido en aquel momento que algo se tramaba a su espalda; de otro modo, Clarkson no hubiera actuado así. Pero no lo comprendió. O lo comprendió demasiado tarde.

El culatazo se abatió sobre su cráneo con una violencia salvaje, inaudita…

Dan Morton cayó.

Pero ya su padre, muchos años antes, había tratado de darle un buen escarmiento rompiéndole una carabina en las costillas. Y la rompió tan al primer golpe, que desde entonces no volvió a intentarlo más. Dan no recordaba que aquello le hubiese producido el menor daño.

El golpe de ahora le nubló la vista, pero no le hizo perder el conocimiento totalmente.

Cayó mientras desenfundaba su revólver izquierdo. Antes de tocar el suelo había hecho fuego ya, en un alarde de pasmosa agilidad, y su atacante se encogía herido en una pierna. El pesado «Colt» 45 resbaló de entre sus dedos.

Como en sombras, Dan vio a Coral apoyada en un rincón de la terraza, mirándole obsesionada.

Un nuevo esbirro se lanzó sobre Dan. Éste no hizo fuego, al adivinar que querían capturarle vivo.

En buena lid no podía responder con el revólver a los que le atacaban con las manos y con las culatas. Extendió la pierna, zancadilleando a su adversario, y éste, un gigantón, cayó cuan largo era entre unos helechos.

—¡Dale fuerte, Benson!

Tenía que ser Benson. El destino siempre se complace en hacer beber basta la última gota del vaso de hiel. Fue Benson el que le

venció. Dan le vio venir cuando aún estaba medio aturdido, sin haber podido levantarse del suelo.

Su enemigo, un gigante de dos metros de estatura, se dejó caer sobre él, le apresó la cabeza entre las manos y golpeó con ella en el suelo. Había logrado poner previamente las rodillas sobre sus brazos abiertos, de modo que Dan no hubiese podido disparar aun en el caso de haberlo deseado. Sintió el mazazo en todos los rincones de su cuerpo. Luego, otro, otro… Benson empezó a reír. Siempre reía así cuando veía a su enemigo desmoronarse. El ritmo de sus manos al golpearle se volvió frenético. Dan, que tenía los ojos en blanco, acabó por no verle. No vio tampoco las luces del jardín, no vio nada…, excepto su propio dolor, que era como una aguja brillante que se clavaba cada vez más en el fondo de su cerebro.

Capítulo V

No había luces en aquella parte de la ciudad, pero las casas estaban iluminadas por el resplandor de la luna. Aquel resplandor era lívido, misterioso y estaba lleno de extraños reflejos. Si los fantasmas tuvieran mirada luminosa, cualquier hubiese podido pensar que aquella claridad de la luna era la mirada de un fantasma.

Esas reflexiones, debía hacerse seguramente el hombre que estaba trabajando en el yunque, completamente solo en la enorme herrería, donde las llamas de la fragua hacían más espectral aún la luz de la luna que llegaba del exterior.

El hombre lanzó una mirada de reojo y gruñó:

—No volveré a quedarme solo ninguna noche más. Ese condenado de Zinker se va a beber y a mí me deja horas y horas en esta especie de cueva. ¡Sólo en una herrería que está situada en una calle solitaria y además muy cerca del cementerio! ¡Uf!

El hombre —un tipo joven, robusto, con las facciones enrojecidas—, dio un par de golpes a la pieza que estaba terminando y luego cesó de golpear repentinamente, con el martillo alzado en el aire, porque creía haber oído detenerse cerca de la puerta los cascos de un caballo.

—Es extraño que alguien pase por aquí a estas horas —dijo—. Nadie toma de noche el camino del cementerio.

A la luz de las llamas de la fragua, el herrero miró con supersticioso temor los clavos especiales, las bisagras y las asas del duro metal para ataúdes, que allí estaban expuestos a disposición de la clientela.

Una clientela formada exclusivamente por tipos vestidos de negro que tenían que enterrar a alguien.

—Parece mentira, pero no me he acostumbrado aún… —musitó el herrero—. Buscare trabajo en otro sitio. La proximidad del cementerio me pone frenético…

Esperaba oír de nuevo el rumor de los cascos del caballo, pues sabía que un animal nunca está absolutamente quieto cuando acaban de desmontarlo después de una galopada, pero a sus oídos nos llegó absolutamente ningún sonido.

—Es extraño…

Sin soltar el martillo, salió a la puerta y miró a un lado y otro de la calle. Ésta se divisaba con claridad a causa de la luz de la luna, pero en ella no había absolutamente nadie.

El herrero se rascó el cogote.

No quería confesárselo, pero tenía erizados los cabellos de la nuca.

Al otro lado de la calle, apenas a veinte yardas de allí, blanqueaban las lapidas y las cruces del cementerio.

—¡Maldito trabajo! —susurró—. ¡Y maldito Zinker, que se marcha a beber todas las noches, dejándome solo aquí! ¡En cuanto vuelva, le digo que se busque otro empleado y le doy con la puerta en las narices!

Regresó junto al yunque.

De pronto se detuvo, porque acababa de oír el resoplido de un caballo.

Era el resoplido de un animal que estuviese muy cansado, y acababa de sonar junto a la puerta.

El hombre se estremeció.

No hacía ni un minuto que se había asomado el mismo, sin ver a nadie a derecha o a izquierda.

«Debo estar sufriendo alucinaciones —pensó—. ¡Tantas horas trabajando solo, y además de noche y en un sitio así!».

Fue a un rincón de la herrería, cercano a la fragua, agarró la botella de *brandy*, que reposaba allí y vació la mitad de un solo trago, mientras insultaba mentalmente a Zinker, su jefe, porque éste era un borracho que no hacía más que beber.

Al dejar otra vez la botella en su sitio, se sentía más animado.

Silbando una cancioncilla, sujetó el martillo otra vez y se dispuso a arremeter contra la pieza que tenía en el yunque.

De pronto se detuvo.

Otra vez sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. Y notó también que el *brandy* empezaba a subirle y bajarle a lo largo del esófago como si éste fuese el tubo de mercurio de un termómetro.

Hubiera jurado que los asideros de metal hechos expresamente para los ataúdes se movían poco a poco.

Miró hacia allí sintiendo que tenía que hacer un esfuerzo terrible para mover la cabeza.

La sombra alta, quieta, de un hombre envuelto en una capa negra estaba en aquel ángulo de la herrería, junto a las piezas expuestas para los ataúdes.

No se le podía ver la cara. Llevaba un sombrero también negro, de alas anchas y muy bajas, cuya sombra le tapaba las facciones casi por completo.

En toda su figura había algo que hacía estremecer, que daba frío, que hacía pensar en la muerte.

El herrero tragó saliva con angustia y trató de recordar que aún tenía el martillo en la mano. No era un arma despreciable, después de todo. Podía abrir la cabeza de un hombre como el que casca una nuez.

Pero ¿lo que tenía enfrente era realmente un hombre?

Temblando, preguntó:

—¿De dónde ha venido?

—¿Pregunta eso mismo a todos los clientes? —dijo el aparecido, con una voz espectral y silbante que parecía llegar de muy lejos.

—¿Es que… quiere hacerme un encargo?

—A eso he venido.

—¿A estas horas?

—No tengo otras. No soy de la ciudad.

—¿De dónde es usted?

El aparecido rió tensa y silenciosamente.

—Pongamos que vivo bajo tierra. ¿Le gusta?

El herrero sintió un ruido extraño muy cerca de sí, y tardó varios segundos en comprender que se trataba del castañetear de sus propios dientes.

—No…, no me gusta nada. Pero diga a qué ha venido.

—Quiero hacerle un encargo.

—¿A… a mí?

—Claro. A usted. Deseo un hierro de marcar.

—¡Ah, un hierro de marcar reses! —dijo el herrero, queriendo tranquilizarse—. Puedo hacérselo mañana mismo. Tenemos ya los vástagos preparados y sólo falta grabar la marca.

—Es que no es exactamente para marcar reses —dijo el aparecido con una risita tensa—; por eso quiero que el vástago sea un poco más largo que de costumbre. Y la marca debe ser… la cabeza de un diablo.

El herrero dejó caer el martillo a tierra. Sentía que le dolían las mandíbulas y la nuca de tanto contener un grito.

—Le pagaré el doble de lo que acostumbre a cobrar —dijo el recién venido—, porque ya sé que es un trabajo difícil. Pero téngalo listo mañana por la noche. Vendré a recogerlo… a esta hora.

Moviéndose como un fantasma, sin hacer ruido, se deslizó hacia la puerta.

—Lo…, lo haré —musitó el herrero—. Cla…, cla… claro que lo haré. Pero yo no soy el dueño de ésta herrería… Tengo que dejar nota del encargo. ¿Quién es usted? ¿Qué nombre apunto?

Otra vez volvió a oírse la risita silenciosa y tensa, ahora ya junto a la puerta.

—Imagine que soy el mismo diablo —dijo el aparecido—. Haga el encargo y no se preocupe de más. Soy individuo de fiar, puesto que todo el mundo me conoce. Pregunte por mí a cualquiera…

Emitió otra vez aquella risita tensa, vibrante y silenciosa, y un segundo después se había esfumado por completo, como si se lo hubiera tragado la noche.

CAPÍTULO VI

Dan debió recobrar el conocimiento por lo menos una hora más tarde. Se sentía descansado. Es más, de tanto estar tendido le dolían los músculos y los huesos de la espalda.

Notó que se encontraba en mangas de camisa, atado de pies y manos. Atado sobre una mesa larga, muy ancha.

Por su cabeza resbalaba algo caliente. Sin duda, tenía una herida en ella, por donde seguía manando la sangre.

Estaba en un sótano de gruesas paredes de piedra.

Y entonces vio otra vez a Benson.

Benson era un tipo de treinta años, ni uno mis ni uno menos. Tenía un sobresaliente abdomen y unos brazos de campeón, largos y clásticos, de tan acostumbrados a manejar el látigo. Además, tenía risa de tiburón. Soltaba unas extrañas carcajadas, con los labios doblados hacia abajo, en cuanto tenía una buena víctima en quien ejercitarse.

—Hola Morton —silbó nada más entrar—. Me alegra verte así, tan bien, con la piel tan fina.

Dan le imitó doblando también los labios hacia abajo.

—Y a mí me regocija verte, Benson, tan reluciente, tan redondito…

El esbirro de Clarkson hizo un gesto de desprecio y luego escupió sobre Dan. Eso cambió las cosas en un instante. Dentro del sótano la tensión y el odio se hicieron brutales. Los dientes de Dan Morton rechinaron sordamente.

—Vine a matarte, Benson —dijo con voz concentrada y lenta—. ¡Y lo haré! ¡Te vaciaré en el cuerpo un cilindro entero, uno por mí y otro por mi amigo Percy!

Benson cerró el puño y lo aplastó contra la cara de Dan,

produciéndole un dolor tan insufrible que éste tuvo que morderse los labios para no chillar. A consecuencia del terrible impacto en la nariz, ésta sangró, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—El principio —anunció Benson—. Sólo de principio de lo que va a ocurrir. ¿Sabes qué me ha ordenado Clarkson?

—Me lo imagino.

—Yo te lo diré para afianzarte más en tus convicciones. Me ha ordenado que acabe contigo igual que con Percy. Me ha dicho: «Un buen trabajo».

¡Percy! Ya estaba otra vez allí aquel nombre bailándole delante de los ojos. Dan sintió que una ira irresistible le abrasaba el corazón.

—Un cilindro por mi amigo Percy, recuérdalo —escupió—. Y procuraré dispararlo de forma que no mueras. Y luego otro por mí.

Con una sonrisa desdeñosa, Benson descolgó el largo látigo que pendía de uno de los muros de piedra.

—¡Para esa clase de bravatas, yo sólo tengo una respuesta, Dan Morton!

Hizo silbar el látigo dos veces por encima de la cabeza del joven antes de dejarlo caer. La cinta de cuero le hizo un desgarrón en la camisa obligándole a encogerse de dolor.

Lo dejó caer dos veces, con todas sus fuerzas, complaciéndose en aquella tortura insufrible.

—No pienso quitarte la camisa —jadeó—, esperaré a que se convierta en trizas encima de tu piel.

Dan hizo desesperados esfuerzos para librarse, pero las ligaduras que le sujetaban a la mesa eran sólidas, y los nudos estaban hechos con habilidad envidiable. Comprendió que por sus propios medios jamás lograría salir de allí. ¿Y con la ayuda de alguien? ¿Qué ayuda? ¿La de Coral, que tenía tanto interés como Clarkson en verle muerto?

El látigo bajó otras veces, y surcos sangrientos empezaron a marearse en el cuerpo de Dan Morton.

—¡Perro! —jadeó—. ¡Mil veces perro!

Y el otro empezó a reír con los labios vueltos hacia abajo. Parecía la caricatura de un tiburón mal hecha. Lanzaba unos sonidos guturales parecidos a los de un perro tartamudo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Coral.

Era como si la luna plateada hubiese entrado en aquel rincón de tinieblas. Coral llevaba aún el vestido de la fiesta y estaba radiante como una diosa. Sus labias, intensamente rojos, se curvaron, al verle, en un mohín de desprecio.

—¿Aún no ha terminado, Benson?

El de la risa de tiburón se enjugó la frente y se inclinó un poco ante la muchacha, devorándola con los ojos. Era evidente que sentía envidia de Clarkson y que no le hubiera importado perder su sueldo de dos años con tal de quitarle la novia.

—¡Oh, no, *miss* Larney! Su prometido me ha encargado que haga con este sujeto un trabajo de calidad. Durará todavía una hora.

—Mi prometido es un hombre de gran iniciativa. ¿Sabe cómo le llamo para mí misma, Benson? Le llamo *el Monarca*. Porque creo que llegará a serlo.

Y los ojos de Coral brillaron de admiración. Benson llegó a olvidarse de su risa de tiburón y de su látigo.

—¿Está usted muy enamorada de él, *miss* Larney?

—¡Oh, éstas son preguntas muy indiscretas!

La situación para Dan era grotesca. Pero como aquello le proporcionaba un ligero alivio y una posibilidad, aunque remota, de salvarse, la aceptaba complacido.

—Si usted estuviese realmente enamorada de él no diría que esta pregunta es indiscreta —bramó Benson excitado ante la presencia de la muchacha—. Contestaría sencillamente que sí. Su respuesta indica que no está segura. ¿Y por qué va a casarse con él si no está segura?

La muchacha, bailando coquetonamente sobre la punta de los pies, dio una vuelta completa a la mesa. Estaba así, jugueteando, más bella y arrebatadora que nunca. Dan Morton la siguió con los ojos y se preguntó si aquella mujer era una inconsciente o una desalmada.

—Clarkson es rico —susurró—. Y un hombre de grandes y ambiciosas iniciativas. Ya lo he dicho.

—Yo también tengo iniciativas —susurró Benson—. Y si tú quisieras…

—Demasiadas iniciativas —silbó la mujer entre dientes—. Puedo avisar a Clarkson de que eres un perro infiel, Benson.

Dan cada vez comprendía menos aquello. ¿Qué misterio

envolvía a la muchacha? ¿Cuál era la auténtica personalidad de ésta?

Coral iba dando otra alegre vuelta a la mesa, excitando cada vez más las dormidas pasiones de Benson. De improviso, cuando éste no podía ver su espalda, la muchacha abrió el puño, que había mantenido cerrado durante la breve conversación, y un estilete fino, agudísimo, cayó sobre la mano izquierda de Dan.

Coral se apoyó de espalda en el borde de la mesa, tapando precisamente aquella mano. Dan, que tenía los dedos ágiles y la mente más despierta que la de una ardilla, comenzó a trabajar al instante. El estilete tenía el filo más agudo que el de un bisturí y cortaba las cuerdas con una rapidez insospechada. Dos minutos le bastaron para tener libre la mano izquierda.

No se movió todavía, sin embargo. Le quedaba lo más difícil.

—Es peligroso lo que está usted haciendo, Benson —decía en aquel momento Coral Larney.

—No olvides que he acompañado a Clarkson desde el principio. Sé de sobras cuáles son sus procedimientos. ¿Y crees que me da miedo? ¡No! —Su exclamación parecía una amenaza—, ¡no tengo miedo a Clarkson, porque estoy acostumbrado a jugar con sus mismas armas! Dame una sola esperanza, Coral, y…

La muchacha debió calcular que Dan había tenido tiempo suficiente para liberarse la mano izquierda. Lenta y cadenciosamente caminó hacia la puerta, como si fuera a marcharse. Dan estuvo a punto de llamarla: «¡Eh, oiga, Cenicienta, no deje las cosas a medias!».

Pero lo había hecho para que Benson volviese la espalda y no pudiese ver lo que ocurría en la mesa.

—No digo del todo que no —susurró poniéndose repentinamente seria—. Pero éste es un juego muy peligroso. ¿Qué seguridad me ofreces, Benson?

Él hizo ademán de estrecharla entre sus brazos, pero Coral le esquivó.

—Puedo darte tanto como Clarkson.

La muchacha, sonriendo incrédula, abrió la puerta. Pero no se marchó aún. Dan vio que Benson estaba vibrando.

—Lo pensaré, enanito. Hasta entonces, más vale que te preocupes de ese amigo.

Y cerró la puerta a su espalda, sin perder ni un segundo su encantadora sonrisa. Benson, más furioso que nunca, recordó el látigo en sus manos.

—¡Tú pagarás esto! —rugió volviéndose hacia Dan Morton.

Pero éste ya le esperaba en pie con una fría sonrisa en los labios.

Dan Morton apretó luego las mandíbulas. Sus labios trazaron una línea más recta que el cañón de un rifle y más seca que le desierto de Atizona.

—Estoy muy asustado, conquistador —dijo con sorna—. ¡Mi vida va a ser un suplicio si tengo que pagar todos tus desastres amorosos!

CAPÍTULO VII

Clarkson, que no parecía extrañado por la tardanza de su prometida, levantó la copa de champaña y dijo:

—A su salud, señores.

Los invitados, que formaban un respetuoso círculo alrededor suyo, levantaron sus copas también.

—A su salud, señor Clarkson.

—Le deseamos muchos éxitos.

—Estamos seguros de que su empresa prosperará. ¡Se está convirtiendo en uno de los hombres más ricos de Nevada!

Todo eran parabienes y alabanzas a Clarkson. Pero éste sonreía negligentemente. Ninguna de aquellas personas, a las que había invitado por hacer número, era demasiado importante para él. En cambio sí que le interesaba mucho hablar con el vicegobernador Maxwell, quien aún no se había acercado a tu grupo.

Por fin el vicegobernador miró a Clarkson, le sonrió y se apresuró a ir a su encuentro llevando en la derecha una copa de champaña.

—A su salud, señor Clarkson.

—Gracias; a la suya.

Los dos hombres bebieron. Luego Maxwell ponderó:

—Magnifica fiesta. ¡Cómo me gustaría poder organizar cosas así, cuando empezaran las próximas elecciones!

—Eso está en su mano, Maxwell —dijo astutamente Clarkson.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Usted sabe que poseo los terrenos auríferos más importantes de la comarca, y que muchos hombres los vigilan; de modo que el provecho que esos terrenos dan va a parar exclusivamente a mis manos. Tengo mucho dinero, pero me falta un poco de poder

político. Me gustaría ser en este territorio un…, digamos, un hombre más influyente.

—¿Para qué? Desde la muerte de Percy Loman ya nadie le discute la propiedad de estas tierras.

—Pero me la discutirían mucho menos si yo fuera, por ejemplo…, vicegobernador.

Maxwell arqueó una ceja.

—¿Qué quiere usted decir, Clarkson?

—¡Oh, nada! —le tranquilizo en seguido Clarkson—. No pretendo quitarle el momio, amigo mío Si a mí me interesa el cargo de vicegobernador… es teniéndole a usted de gobernador, para que me apoye.

Maxwell sonrió, y por primera vez dejó que apareciera en su rostro abiertamente una expresión de complicidad.

—¿Cuáles son sus planes, Clarkson?

—Pronto se iniciará la campaña política para las próximas elecciones. Supongo que dentro de tres meses convendrá iniciar ya las reuniones y los discursos. Y lo que tengo que proponerle es lo siguiente, Maxwell. Apoyaré con todo mi dinero su campaña para el puesto de gobernador en las elecciones, si usted se compromete a nombrarme vicegobernador a mí, y a apoyarme con todas sus fuerzas. Separados podríamos hacernos mucho daño, pero unidos seremos invencibles.

Maxwell seguía sonriendo.

—Creo que es usted un hombre inteligente, Clarkson. Llegará lejos.

—He llegado ya muy lejos, querido compañero, pero espero avanzar mucho más todavía.

Al flamante vicegobernador de Nevada no le importó que un hombre como Clarkson le llamase «compañero». En realidad iban a ser más que eso; iban a ser cómplices en el trucaje de las elecciones más movidas que se recordarían en la historia de Nevada.

—Visíteme en mi despacho la semana próxima —invitó Maxwell.

—Lo haré. Usted es de esos hombres con los que uno se entiende sin necesidad de palabras.

Clarkson sonrió y se alejó en dirección a una puerta del salón que había estado hasta entonces rigurosamente cerrada. Antes tuvo

que pasar junto a un grupo de hombres y mujeres, invitados suyos, a los que saludó cortésmente. Abrió luego la puerta y la cerró inmediatamente a su espalda.

Aquella puerta daba a una habitación pequeña, mal iluminada, donde aguardaban dos hombres delgados y altos con una corona funeraria.

Aquel detalle macabro, en una fiesta como la de Clarkson, era algo increíble como encontrar un escorpión adornando un pastel de bodas.

Pero la corona era de verdad. Y los hombres también. Además estaban nerviosos.

—¿Por qué nos ha hecho esperar tanto, jefe? —suspiró uno de ellos—. ¿Qué hacemos con esta corona?

—Vais a adornar una tumba.

—¿Precisamente esta noche?

—Esta noche, desde luego. Tengo mucho interés en que se haga así. ¿Recordáis la tumba de Percy Loman?

—Claro que sí, jefe. Está… entre los árboles, detrás de la casa.

—Pues lleváis esta corona y la depositáis allí. En noches como ésta, cuando todo el mundo se divierte, a mí me da por acordarme de los amigos muertos, ¿sabéis? ¡Vamos, andando!

—Jefe…, ¿podremos largamos una vez se haya puesto la corona de flores?

—¿Es que tenéis miedo?

—No, jefe, claro que no, pero… En fin, a nadie le gustan las tumbas.

Clarkson lanzó una carcajada seca y áspera. Luego volvió la espalda y se limitó a decir:

—Imbéciles…

Salió de la habitación. Los dos hombres se encogieron de hombros, tomaron entre ambos la pedida corona y salieron a su vez por una puertecilla trasera. Minutos más tarde caminaban en dirección a un lejano grupo de árboles que se veía al fondo del inmenso jardín.

Aquel grupo de árboles tenía *algo*. No se sabía si era la forma de estar colocados, o la luz de la luna que iluminaba siniestramente sus copas, pero desde luego, a nadie le gustaba pasar por allí de noche.

Ambos sujetos llegaron por fin a un pequeño calvero entre los

árboles, calvero que estaba ocupado por una simple lápida de mármol donde se leía:

«PERCY LOMAN, AQUÍ YACE ALGUIEN QUE ASEGURÓ QUE NO MORIRÍA JAMÁS»

—También tiene gracia esa dedicatoria… —susurró uno de los dos tipos, sintiendo que le temblaba la mandíbula.

—«Alguien que aseguró que no moriría jamás»… ¿Y si no hubiese muerto?

—No digas tonterías, hombre…

Pero la mandíbula le seguía temblando.

Se acercaron a la tumba y depositaron la corona. Fue entonces, al ir a retirarse, cuando vieron *aquello*. Cuando vieron la figura fantasmal, extraña, alucinante, de aquel hombre envuelto en una capa que se acercaba lentamente hacia ellos…

Había surgido de entre los árboles y la luna alumbraba sus contornos siniestros. Más que avanzar andando parecía flotar en el aire fantasmal de la noche.

Ambos vieron sus manos —sus manos largas y demasiado blancas—, y vieron también la sonrisa cuadrada de sus labios.

Uno de los dos hombres intentó correr. Las piernas no le sostuvieron.

Gritó:

—¡Nooo!

Su compañero quiso gritar también lo mismo, pero ni eso pudo.

Unos instantes después se oían en el silencio de la noche dos horribles alaridos de agonía.

CAPÍTULO VIII

Los ojos de Benson parecían dos platos.

—Tú... Tú... —Sólo supo decir, como si estuviese empezando a hablar por aquel entonces.

—¡Magia! ¡Magia en las manos, amigo! ¡Soy capaz de librarme de cualquier clase de nudos!

Y mostraba las manos vacías con una mirada burlona. Benson sintió que tenía unos deseos inmensos de saltar sobre aquel hombre y estrangularle.

No obstante, pensó que lo más prudente era usar el revólver, y llevó rápidamente la mano hacia su costado derecho. Pero la funda estaba vacía. Recordó que siempre se quitaba el arma para «trabajar», porque le molestaba. Y ahora la tenía colocada sobre una repisa, no muy lejos, a su izquierda.

Hizo con el látigo un rápido movimiento de abanico, para obligar a Dan a alejarse, y tendió la mano lucia el arma, que estaba cargada y a punto de disparar.

Pero no llegó a tocarla.

Es muy difícil lanzar un estilete que apenas tiene peso y clavarlo en el lugar deseado, pero para un tipo que se ha ganado la vida en Texas dando clases de lucha a los matones, la cosa ya no es tan complicada. Y Dan se había ganado la vida muy bien. ¡Muy bien!, en Texas ejerciendo esta dase de profesorado.

El estilete se clavó por entero en la muñeca izquierda de Benson. Le segó una arteria e inmediatamente comenzó a producirse la hemorragia.

Benson lanzó un rugido, pero no se asustó. Era un tipo de tal clase que cierta vez había soñado que entre dos enemigos le cortaban la cabeza, y las ganas de reír lo habían despertado.

Tenía la sensación de que a él no le liquidaría nadie, de que era invencible. Y Dan Morton, muy castigado ya por los latigazos, era menos que nadie.

—¿Tenías un arma, granuja? ¿Quién te la ha dado?

Sus ojos se volvieron rojos al comprender. Tembló de rabia su barbilla.

—Sí, me la ha dado ella —dijo Dan—, y el arriesgarse a hacerlo, ha quedado ya bien entendida una cosa entre los dos. ¡Tú no puedes salir vivo de aquí, porque esto significaría su muerte!

Los ojos de Dan Morton se hicieron pequeños, brillantes como dos chispas negras. Benson comprendió que aquel hombre tenía ya tantos motivos para matarle que la lucha entre los dos sería despiadada y salvaje, una auténtica lucha bastad fin.

Se arrancó el estilete de la muñeca, y lo arrojó contra Dan Morton, recto a los ojos. Éste se inclinó. La afilada aguja fue a rebotar contra la pared frontera.

Ahora Benson levantó el látigo otra vez. Le hizo trazar una amplia curva y enlazó con él, el cuello de Dan Morton. Tiró con todas sus fuerzas, haciendo girar a su enemigo como una peonza. Dan, que no había previsto ni podido evitar aquel golpe, cayó al suelo, en el cuello marcada una trágica línea de sangre, sufriendo ya los primeros síntomas de la estrangulación.

Era la ocasión que Benson había esperado. Soltó el látigo y su mano derecha, sana, fue en busca del revólver. Lo empuñó con los dientes apretados y una salvaje expresión de placer en los ojos.

Hizo fuego. Pero Dan no estaban tan vencido como él había supuesto. La desesperación le dio fuerzas. Una ágil media vuelta sobre sí mismo le bastó para colocarse debajo la mesa. La bala resbaló sobre la sólida plancha de madera sin penetrar en ella, trazando únicamente una profunda línea a lo largo.

Y entonces la mesa se movió. Parecía increíble que un hombre sólo pudiera levantar tanto peso y con aquella facilidad. Y no únicamente levantarla, sino lanzarla también. Benson se la vio encima antes de reponerse de su asombro. La enorme mole de madera en que solía atormentar a sus víctimas casi la aplastó.

Hizo fuego otra vez, pero al azar. El tremendo golpe le hizo caer al suelo, gimiendo y maldiciendo como un condenado.

Entonces, Dan Morton se puso en movimiento.

Parecía tener a su disposición un verdadero repertorio de tretas y procedimientos de lucha. Cuando Benson esperaba verlo aparecer por encima de la mesa, se sintió estirado por una pierna y volteado. Quedó cara a tierra sin poder utilizar el revólver y con el canto de la mesa clavado en los riñones. En aquel momento tuvo la sensación de que el mundo entero se había desplomado sobre él.

Dan le torció el pie, sin hacer caso de los aullidos, impresionantes de su enemigo.

—¿Haces tú caso de tus víctimas? —rugió.

Un esfuerzo más y el pie derecho de Benson habría quedado roto por el tobillo, pero la bota hizo un movimiento extraño y resbaló de entre los dedos de Dan. El pie volvió a su posición normal, aunque tan bruscamente que el movimiento estuvo a punto de hacer perder completamente el conocimiento a Benson.

Éste trató de girar sobre sí mismo, a pesar de todo, para manejar libremente el revólver. Pero Dan se dejó caer sobre la mesa, añadiendo su peso y su impulso a la presión que ya soportaba la cintura de Benson. Éste lanzó un alarido. Posiblemente, el golpe le desplazó alguna vertebra. Sintió que no podía mover la cintura, sintió que estaba perdido ya.

Pero si Dan quería matarle tendría que hacerlo a latigazos, lo que sobre ir contra su conciencia, le ocuparía demasiado tiempo, o tenía que apoderarse del revólver. Y esto sí que estaba dispuesto a defenderlo Benson con todas las fuerzas de su vida.

Dan apartó la mesa y se arrojó sobre la espalda de su enemigo, que aún no había conseguido volverse. Con las dos manos enlazadas le propinó un terrible golpe en la nuca, sin conseguir que perdiera el conocimiento. Lo repitió. Benson lanzó un gemido y quedó exánime.

Bueno, eso es lo que creyó Dan Morton.

Cuando tendió la mano para apoderarse del revólver, las cosas cambiaron.

Benson, aunque medio *groggy*, había tenido serenidad suficiente para fingir lo que más le convenía. Logró apresar la mano derecha de Dan Morton.

—¡Aún no estoy perdido!

Utilizando todos los recursos de su poderosa musculatura, hizo saltar a Dan por encima de su cabeza y lo proyectó contra la pared.

El joven, tras la breve sensación de salir despedido, notó dos cosas: el choque de su cabeza contra la pared y el latigazo de la bala a quemarropa con que había querido obsequiarle Benson. El proyectil se había estrellado a una pulgada de su sien, y varias esquirlas de piedra le saltaron a los ojos.

Ahora, Benson sólo tendría que disparar otra vez, y la pelea había terminado. Dan estaba junto a él, semi atontado, sin posibilidad de moverse.

Pero el tremendo esfuerzo que Benson había tenido que hacer para voltear a su enemigo, esfuerzo casi exclusivamente de riñones y cintura, había herido gravemente sus vertebras. Los golpes infligidos por Dan no habían sido en vano. Benson lanzó varias bocanadas angustiosas, tratando de sobreponerse y sintiendo en su espalda el dolor más espantoso que le acometiera en todos los días de su vida. Quería disparar y no podía. El dolor era superior a él, ningún músculo obedecía a su mandato. Cuando al fin se repuso, había transcurrido un largo minuto, tiempo más que suficiente para que Dan, a su vez, pudiera pasar a la ofensiva.

Apoderándose de la mano armada de Benson, la retorció cuidando al mismo tiempo de levantarla con bruscos y repentinos movimientos. De ese modo seguía castigando la cintura de Benson.

Éste le atenazó el cuello en la mano izquierda. Apretó.

Y entonces se entabló un duelo entre dos resistencias, entre dos fuerzas. El cuello de Dan tendría que resistir más que la diestra de Benson o estaría perdido. La diestra y la cintura de Benson tendrían que soportar aquel terrible suplicio, o Dan Morton podría disparar a boca de jarro, rematándolo.

Benson venía gimiendo ya desde un rato antes. Ahora empezó a gemir Dan Morton.

No podía resistir más y no le quedaba el recurso de liberarse soltando a su enemigo. Hizo un último y desesperado esfuerzo, y los huesos de Benson cedieron. Lanzó un aullido mientras el revólver caía al suelo. La mano quedó rígida, tensa, con los dedos agarrotados, pero él siguió apretando con la otra. No quiso ceder. Apretó hasta que la muerte penetró por sus ojos, por su boca.

Dan, después del disparo, hundió la cabeza entre los brazos, jadeando. Estaba completamente deshecho. Tuvo que permanecer tres largos minutos quieto, a riesgo de mancharse con la sangre de

Benson, antes de reunir las fuerzas suficientes para ponerse en pie.

Miró a su alrededor, vacilando. Todo le parecía dar vueltas.

—Percy, estás vengado —susurró—. Estás vengado en un cincuenta por ciento.

Se arregló la camisa como pudo y buscó más armas. Vio que sólo podía disponer del revólver que tenía en la mano.

Un instante después estaba fuera. Vio que se encontraba en un viejo pabellón de piedra aislado de la mansión de Clarkson, que se distinguía al fondo. Hacía una noche apacible, serena, y había luna.

Presintió a la mujer antes de verla. Olió su excitante perfume, aquella especie de cosa enervante que emanaba de todo su ser.

Coral le aguardaba en pie, las espaldas apoyadas en la columna de un pequeño porche adornado de flores.

—¿Y bien? —dijo ella, sin mirarle, apenas se le acercó.

—Benson ha muerto.

Se apoyó también en una columna frontera, desfallecido. Su pecho subía y bajaba siguiendo el ritmo muy irregular, casi angustioso, de su respiración.

—Benson ha muerto —repitió—. Era el primero.

Contempló a la muchacha, que seguía sin mirarle. Se dijo de repente que ella era muy valerosa.

—¿Qué hubiese sucedido de salir Benson? —preguntó—. ¿No tenía usted miedo?

—No.

—Gracias por la confianza puesta en mí. De vencer Benson, lo que ha hecho hubiera podido costarle la vida.

Coral sonrió en la oscuridad. Sus bonitos dientes brillaron un instante.

—Sabía que vencerías tú.

—¿Por qué?

—Porque yo lo deseaba.

Echó a andar a lo largo del porche, dándole la espalda. De repente se volvió.

—¿Qué buscas aquí, Dan Morton?

—En primer lugar, vengar a mi amigo, y en segundo lugar… Pero creo que esta misma pregunta podría hacértela yo a ti y con mayor motivo. ¿Qué es lo que esperas conseguir rondando cerca de Clarkson?

Coral se apoyó en otra columna. Estaba así más hermosa que nunca, más hermosa que la luna sobre un lago o que el amanecer sobre las montañas. Cierto que Dan no pensó en cosas tan poéticas, pero sí sencillamente que la mujer valía la pena. Respiró con fuerza.

—Busco apoderarme de todo lo suyo —dijo con un hilo de voz —. Apoderarme de todo lo que tiene, de todo lo que tendrá y de todo lo que espera tener.

—Y de momento, ¿cómo piensas conseguirlo?

—He introducido entre los que trabajan en las arenas del río a varios hombres que me son fieles. Les doy una parte de lo obtenido y trabajan gustosos para mí, a pesar del riesgo. Clarkson cree, de momento, que ya no hay tanto oro en su territorio.

—Bien, pero ¿y los guardianes?

—He empezado por decir que hay riesgo. Dos de los guardianes, no obstante, son también cómplices míos. Les he prometido buenos beneficios cuando todo ese territorio me pertenezca.

Dan tragó saliva.

—Cuando todo este territorio te pertenezca. Y el orangután de Sabré, ¿era uno de esos famosos cómplices de los que me hablas?

—Sabré era un granuja. Siempre había estado enamorado de mí…, igual que Benson. Un día en que fui al río se dio cuenta de mis intenciones. Me siguió hasta la cabaña de madera. Y me prometió que no diría nada a cambio de… Bueno, no quise. Las cosas se complicaron y entonces llegaste tú.

Dan volvió a tragar saliva. Ésta era muy espesa, muy amarga, muy viscosa.

Necesitaba beber.

Miró intensamente a Coral.

Ella aguantó su mirada.

—Todas estas cosas son muy arriesgadas… —dijo Dan Morton en voz baja—. Sabré pudo haberte matado, y si no él, otro. ¿Por qué sufres tanto si casándote con Clarkson todo va a ser tuyo sin necesidad de todas estas complicaciones?

—Porque no quiero que Clarkson jamás tenga el menor derecho sobre mí.

La voz de la muchacha era enérgica, reflejaba una inquebrantable decisión. Dan Morton, a pesar suyo, la admiró. Pero quedaba un pequeño detalle.

—Me temo, delicada flor de invernadero, que tú y yo vamos a ser enemigos.

Coral le miró intensamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Porque, más o menos, yo pretendo lo mismo. Apoderarme de todo lo de Clarkson.

Dan Morton vio brillar con una extraña luz los ojos maravillosos de Coral. Los vio brillar peligrosamente, como los de un animal salvaje en la noche.

—En tal caso, haré que Clarkson te mate… antes de que puedas hablar.

—Una aventura —dijo Dan Morton, con una sonrisa fría—. Creí que eras otra cosa, pero ahora veo que se trata tan sólo de una vulgar aventurera.

La mujer levantó con furia su mano derecha, como si fuera a abofetearle.

—¿Y tú eres algo mejor?

—No —gruñó Dan—. Pero tengo ciertos derechos.

La mujer rió. Su risa hizo daño a Dan Morton.

CAPÍTULO IX

—Buenas noches, hermana —dijo secamente Dan—, y celebro haberte conocido.

Y, sin mirarla más, se largó.

Fue hacia la casa de piedra y dio la vuelta por detrás, mirando a través de la ventana. En aquel momento, varios secuaces de Clarkson —una patrulla de cinco—, hicieron su aparición por los alrededores. Los tipos iban a descubrirle de un momento a otro. Convenía emigrar.

Un poco más allá de la casa se inicia un sendero enarenado que conducía directamente a la mansión de Clarkson. En este sendero se hallaba un coche y un tipo medio dormido en el pescante.

Aquello era la solución para Dan. Se dirigió hacia el coche en línea recta, porque sabía que más al Oeste, cerrando el parque por aquel lado como una trampa, existía un pantano.

Abrió la portezuela, encañonando el interior, que estaba oscuro como el estómago de un topo.

—Hola, guapo.

¡Otra vez aquella voz! Otra vez la sorprendente, inexplicable y sorprendente Leonor. Dan adivinó sus formas en la oscuridad, como algo suave y cálido que le aguardaba más allá de las tinieblas.

—¡Tú!… ¿Qué haces aquí?

—Eso mismo debería preguntarte yo. ¡Ah! Y a propósito: ¿te has divertido en la fiesta?

Dan se mordió los labios.

—Basta de ironías. ¿Puedo subir a este cacharro?

—No acostumbro a recibir visitas de caballeros por la noche; pero como tú no eres un caballero, puedes subir.

Dan Morton se introdujo en el carruaje, y antes de que pudiera

darse cuenta de lo que sucedía, ya estaba poco menos que en brazos de Leonor. Se sintió más prisionero que si le hubiesen sujetado a la vez todos los gorilas de Clarkson.

—Bueno, podemos marcharnos de aquí —dijo para defenderse.

—Si nos marchamos ahora, todos estos tipos que rodean el parque sospecharán algo. Es mejor quedamos aquí y esperar a que se acerquen.

Morton pensó si lo que querría aquella mujer era entregarle a los buitres de Clarkson con el exclusivo objeto de hacer méritos ante éste. Todo era posible en situaciones como aquélla. Pero le dio confianza pensar que no iba desarmado.

—Haremos lo que tú quieres —silbó.

—Así me gusta.

Aquello fue un cara o cruz. Si los gorilas de Clarkson investigaban un poco, seguro que le descubrirían.

Contuvo la respiración, al ver que algunos de ellos se acercaban.

—Ya están aquí —dijo Leonor.

Y cruzó una pierna sobre la otra sin preocuparse de ajustarse mucho la falda. Dan bajó la cortinilla de la portezuela opuesta a aquélla en cuya dirección se oían los pasos. De este modo, a pesar de la luna, el interior del vehículo quedaría escasamente iluminado.

Salió cara, no cruz. Los tipos que abrieron la portezuela no investigaron a fondo.

Lo primero que vieron fue a Leonor sentada de aquel modo. Bueno, lo primero, lo segundo y lo tercero que vieron. Porque ninguno de ellos se preocupó de mirar ya nada más.

No es que la postura de la mujer fuera insolente, ni mucho menos. Era un poco desenvuelta tan sólo. Pero estaba tan bien formada, resultaba tan atractiva en todos sus gestos, que se explicaba el pasmo de unos tipos acostumbrados a no ver más que las arenas auríferas del río y la cara de codicia de Clarkson.

—¿Qué hace usted aquí? —Logró gruñir uno de los gorilas al fin, tras tragar saliva cuatro o cinco veces.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Soy una de las invitadas del míster Clarkson!

La muchacha estaba sentada de tal modo que casi se echaba encima de la portezuela. De este modo, los pistoleros no podían ver casi absolutamente nada de lo que había en el interior del carruaje.

—Bien, pero ¿por qué no se marchó con los otros? La fiesta ha terminado hace rato.

—No me he marchado por una sencilla razón: todo el mundo vigila este maldito camino. ¿Adónde quieren que vaya? He pensado que lo más prudente era quedarme aquí, hasta convencerme de que no había peligro.

El cerebro del pistolero debió de empezar a chirriar como una máquina a la que falta aceite.

—Bien…, claro, no deja de tener razón. ¿Sabe por qué estamos aquí?

—¿Yo? ¡Pobre de mí!…

—Perseguimos a un tipo —dijo el gorila con gesto orgulloso, exagerando la importancia de su misión—. Un tipo peligroso y armado hasta los dientes, que tiene cómplices en todas partes… Resulta enormemente difícil darle caza. Y a propósito: ¿no le ha visto usted?

—¿Un tipo armado hasta los dientes y con muchos cómplices? ¡Oh, no!

El otro se mordió los labios. Y esto que no captó toda la ironía contenida en las palabras de la joven.

—Bueno, he querido decir un tipo alto, con cara de mal genio…

Leonor rompió a reír.

—Si le encuentro ya les escribiré una carta para comunicárselo. ¿Puedo marcharme ya, o van ustedes a empezar a hacer fuegos artificiales?

—No. Puede marcharse. En esta parte la casa se acabó.

La muchacha les sonrió encantadoramente, pero cerró la portezuela en sus narices. Y como si el del pescante no hubiera esperado más que aquella señal, se despabiló de repente y puso los caballos al trote.

Instantes después salían del parque que rodeaba la mansión de los Clarkson, sin que nadie más les molestara. Leonor sonreía de una manera extraña y misteriosa, que hacía más atractivo su rostro.

El carruaje se detuvo a unas millas de la mansión de Clarkson, sin que nadie más les molestara, en un punto situado entre montañas donde no se hubiera quedado a dormir ni siquiera un indio borracho.

El aullido de los coyotes se percibía por delante, por detrás, por

los lados y hasta dentro del carruaje. Claro que en ése se hallaba Leonor para hacer olvidar todo lo que no fuera agradable. Leonor, cuyos ojos rutilaban en la noche de un modo casi mágico.

—Gracias por haberme salvado —dijo Dan, hablando por primera vez—. De no ser por ti, ésta hubiera sido la última noche de mi vida.

—También hubiera sido la última para alguno de los hombres de Clarkson. Tienes un arma cargada, ¿no?

—La tengo.

Dan abrió la portezuela.

—Repito que te estoy muy agradecido, Leonor. Si alguna vez puedo hacer algo por ti…

La mujer sonrió.

—Sí puedes hacer algo. Ahora.

—¿El qué?

—Darme un beso.

Y la mujer cerró los ojos. Dan besó sus labios húmedos, tibios, unos labios hechos para adueñarse de la voluntad de los hombres. También se adueñaron de la suya, claro. Habría estado besándolos hasta que los caballos que tiraban del coche se hubiesen muerto de viejos.

—Es bastante, Dan. Muchas gracias.

Él tuvo que darse un fuerte golpe en la mejilla para despertar del todo.

—Estoy dispuesto a recompensarte así durante una semana entera, si quieres.

—Entonces sería yo la que acabase necesitando socorro.

Dan sonrió. El tipo del pescante parecía haberse quedado dormido otra vez.

—¿Dónde conseguiste todo esto? Quiero decir, coche, caballos y un cochero que se duerma.

—Para una mujer como yo, nada es difícil.

Cerró la portezuela tras dirigirle otra de sus más encantadoras sonrisas. El carruaje arrancó. Dan Morton quedó solo como un fumador a quien han quitado la pipa, o como un *gun-man* a quien un bromista ha quitado los gatillos a sus revólveres. Quedó con la única compañía de los coyotes, quienes, al fin y al cabo,

pasaban una vida mucho más tranquila y agradable que la suya.

Echó a andar, aunque no estaba muy seguro de adonde iría. Pero sin duda un paseo en la noche le dejaría más tranquilo, calmándole los nervios.

Trató entonces de hacer un resumen de la situación.

Clarkson había conseguido una gran fortuna con las arenas del río, logrando estructurar una especie de territorio en el que él era el rey y en el que no permitía entrar a nadie. Un verdadero ejército de pistoleros guardaba las fronteras de aquel nuevo y peligroso estado, donde no imperaban más leyes que el terror y el capricho del jefe. Éste era uno de los peligros contra los que tenía que luchar, aunque en cierto modo lo había vencido, puesto que ya estaba dentro del territorio, y afortunadamente tenía aún todas las costillas en su sitio.

Otra cosa evidente era que Clarkson tenía enemigos fuertes, aparte de él. Coral, que pretendía hacerse con todo lo suyo, y Leonor, cuyos verdaderos móviles aún no estaban nada claros. Estas dos mujeres, aunque no usaban revólveres ni parecían peligrosas, lo eran en realidad mucho más que cualquier banda de pistoleros.

De todas formas, Dan Morton reconocía que era muy difícil seguir luchando solo. Podría acabar con varios pistoleros, pero Clarkson reclutaría otros con facilidad, pues lo que sobraba en Nevada y en todos los Estados vecinos eran matones a sueldo. La única cosa realmente decisiva consistía en acabar con el mismo Clarkson, pero Dan dudaba de que pudiera tener otra oportunidad tan buena como la de aquella noche.

Caminaba ahora por el fondo de un valle, a través del cual se deslizaba el río. Avanzaba con ciertas precauciones, pues aquellos terrenos estaban vigilados aun durante la noche, y en cualquier momento era de temer un tropezón con cualquier cuadrilla de gorilas. Muchos pobres buscadores de oro independientes trataban de lavar por la noche las arenas del río y eran muertos a balazos o ahorcados igual que en algunas concesiones rusas de California.

Los terrenos que ahora atravesaba Dan no habían sido propiedad de su tío, y eso le trajo una idea. Sin duda, Clarkson había tratado de adueñarse de una zona muy extensa del río, pues no era de suponer que el oro se hallase, única y exclusivamente, en el terreno que originariamente tuvo. Posiblemente eran varios los rancheros

engañados y despojados como Thomas Gardner. Tal vez media docena.

Se dijo que, si lograba unirlos, quizá entre todos constituirían una fuerza capaz de enfrentarse al imperio de Clarkson.

Como una muda respuesta a su pregunta vio cerca las luces de una casa. Ésta se hallaba muy próxima al río y era pequeña, construida casi exclusivamente de troncos sin desbastar. Contiguo al río había un pequeño prado donde reposaban alrededor de una docena de vacas.

Era extraño que a aquella hora hubiese gente levantada en el pequeño rancho, cuyo laboreo exigía acostarse con la llegada de la noche y levantarse con el alba.

Dan Morton se acercó y llamó a la puerta, golpeando con sus puños en ella.

Le abrió un viejo. Un viejo armado con un revólver.

—¡Lárguese de aquí!

La recepción no era muy amable, pero Dan prefería aquello a seguir toda la noche deambulando en medio de sus contradictorias reflexiones.

—Es usted muy simpático, amigo. ¿Que teme? ¿Que venga a robarle la barba?

El otro examinó a Dan Morton sin dejar de encañonarle, y el examen no debió satisfacerle del todo, a juzgar por la cara que puso. Pero lo que si vio fue que el joven no parecía abrigar sentimientos hostiles. Su sonrisa era simpática, diríase que alegre incluso.

—¿No es usted uno de los granujas de Clarkson?

—Puedo asegurarle que no.

—¿De dónde viene? Tiene parte de las ropas destrozadas, pero se ve que son buenas.

—Vengo de estropearle una fiesta a Clarkson. Sus gorilas me han perseguido hasta cerca de aquí.

En este momento, tras el viejo, apareció una mujer. Tendría tan sólo unos treinta años, pero se la adivinaba agotada y deshecha por toda clase de sufrimientos. Vestía sencillamente y en sus manos empuñaba un anticuado «Sharp».

—Déjalo pasar, John.

El viejo se hizo a un lado, y penetró en la habitación principal

de la casa. Ésta consistía en un comedor, sala y cocina, todo a un tiempo, donde además del viejo y la mujer, había un hombre de unos treinta años, encogido junto a una ventana, un chico de unos trece y una niña de ocho. El hombre de la ventana y el muchacho también tenían revólveres en las manos. Era evidente que todos estaban esperando algo así como un ataque en casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dan—. ¿Qué es lo que temen ustedes?

La mujer bajó el cañón del rifle.

—Si es cierto que viene de las tierras de Clarkson, lo supondrá. Esta zona aún no le pertenece y quiere conseguirla. Dice que sus ganancias disminuyen y es porque el oro se ha desplazado hacia esta zona del río.

Dan cerró un momento los ojos. Rancheros a los que la codicia de Clarkson había destrozado la vida…

—Y aquí no hay oro, se lo aseguro —tartamudeó el viejo—. Alguna vez hemos intentado lavar las arenas del río, pero sin encontrar absolutamente nada.

—Razón de más para no vender el rancho. No queremos deshacemos de él, aun siendo pobres, porque en él hemos vivido y peleado. Si hay oro en el río, muchísimo menos.

Gentes tercas apegadas a la tierra, sobre la que luchaban, trabajaban y morían. En aquel mundo de ganancias fáciles, de pistoleros, cuatreros y desalmados como Clarkson, había que reconocer que la única auténtica grandeza del país provenía de gentes como las que Dan tenía ante los ojos. El oro se acaba, la tierra no.

—¿Clarkson ha intentado comprarles el rancho? —susurró—. Veo que empieza a emplear procedimientos legales.

—¡Procedimientos legales! ¿Sabe qué cantidad nos ha ofrecido? ¡Ni la mitad de lo que vale esta simple casa! Es como despojarnos tranquilamente de todo. Es como echarnos de aquí.

Dan notó que el muchacho y la niña iban vestidos de luto y que las personas mayores de la casa llevaban en sus ropas un detalle análogo.

—Sin duda, al conocer su negativa, ha intentado ya algo… —susurró con los dientes apretados y una nueva luz de fiereza en sus ojos.

—Sí. Mi… Mi marido —susurró la mujer.

—¿Le llenaron el cuerpo de plomo?

—Algo peor aún. Lo capturaron y lo ahorcaron… —Su voz era sólo un susurro. Y añadió, cerrando los ojos, en un gesto patético de dolor—: Hace sólo una semana de esto.

—¿Y después de lo ocurrido hemos de doblegamos nosotros a los deseos de esos granujas? —estalló el viejo—. Sabemos que el golpe siguiente consistirá en asaltar el rancho e incendiarlo, pero estamos dispuestos a resistir. Todos estamos dispuestos menos este cobarde de Statan. ¡Mírela cómo tiembla a la ventana!

El viejo John se refería, sin duda alguna, al joven que estaba encogido, con un revólver, junto a la ventana. Se adivinaba por sus facciones que era hermano de la mujer y, por tanto, cuñado del ahorcado. Se adivinaba también que estaba medio muerto de miedo. La mano que sostenía el revólver temblaba visiblemente, y por sus mejillas corrían regueros de sudor, que sin duda había provocado la angustia.

—Cuando los hombres de Clarkson vengan, ninguno de nosotros quedará con vida —susurró.

—Llega un momento en que una cosa así no tiene importancia —dijo sombríamente la mujer—. Cuando uno defiende a sus hijos, el morir o no es un simple detalle.

Dan Morton volvió el rostro hacia aquella mujer, envolviéndola con una mirada admirativa. Una expresión fiera, pero noble, alentaba en sus ojos. Dan se dijo que su madre, a la que no conoció, pues había muerto cuando él era un niño, durante un ataque de los sioux, debió haber sido una mujer así.

—¿Cómo se llaman ustedes? —preguntó en voz baja—. ¿Qué rancho es éste?

—Este lugar se llama *Rancho Stewart*.

Dan Morton miró al viejo, que era quien le había dado la respuesta, y trató de recordar. ¡Stewart! Antes de su partida había oído pronunciar muchas veces aquel nombre. En realidad, las gentes que ahora tenía delante habían sido vecinos suyos durante muchos años, aun cuando hubieran tenido muy pocos contactos. Pero sin duda recordarían su apellido.

—Yo me llamo Morton —susurró—. Dan Morton.

—Dan, el amigo de Percy —exclamó la mujer con un nuevo

brillo en los ojos—. ¡Ustedes también fueron despojados vilmente de sus tierras!

—Cierto. Lo fuimos. Pero ahora he vuelto.

Extrajo un revólver y revisó la munición.

—Benson ya ha caído —dijo—. Y un tipo llamado Sabré. Y caerán muchos más, hasta que caiga Clarkson.

—¡Ése no morirá jamás! —dijo Statan, desde su rincón—. Acabar con Benson no era fácil ni difícil. Cualquiera que no fuese usted pudo haberlo conseguido. Pero Clarkson no es un ser humano. ¡Nadie puede con él! Y nosotros somos muy poca cosa para oponemos a su fuerza.

El viejo estuvo a punto de abalanzarse sobre Statan, pero Dan le detuvo con un seco movimiento de su brazo.

—¡Cobarde! ¡Granuja!

—¡Déjelo!

—¡Trata de desmoralizamos! ¡Si terne morir en el rancho, que se vaya y que no vuelva nunca más!

Dan se puso frente al viejo, tapando parcialmente a Statan.

—¿Hace mucho tiempo que viven en ese estado de alarma?

—Desde que ahorcaron a mi esposo —sollozó la mujer—. Hace una semana. Pero esta noche casi estoy segura de que vendrán. Clarkson ha dado una fiesta…, ¡y todos sus festejos son de sangre! Ya durante la tarde varios jinetes se han aproximado por las montañas cercanas, como observando.

—Sin duda son varios los rancheros expoliados —comentó Dan. Y preguntó enseguida—: ¿Se podría formar con ellos una fuerza común?

El viejo John hizo un ademán de desaliento.

—Desgraciadamente, no. Los ranchos expropiados son seis, entre ellos el que perteneció a su tío, uno de los bebedores de cerveza más formidables que han pisado Nevada. Le sigue en importancia el de Skios, un pobre viejo que vivía con su nieta, y al que llenaron el cuerpo de plomo. Éste fue el primer rancho que ocuparon, casi tres años antes que el de ustedes. Menos mal que la nieta, que entonces tenía unos catorce años, fue recogida por una diligencia que la llevó al Sur, de donde no ha vuelto ni volverá jamás. Los otros rancheros eran más pobres aún. Ya se sabe que esta tierra no es demasiado buena. Hasta ayer no faltaban más que dos ranchos para que

Clarkson poseyera todo este territorio. El nuestro y el de Ramírez. Pero el de Ramírez…

—¿Qué? —cortó Dan, con los labios apretados.

—Lo incendiaron ayer. Sólo quedamos nosotros. Dos niños, una mujer, un viejo, un cobarde… y un pistolero.

Acarició inmediatamente sus revólveres. Los acarició de un modo extraño.

—Puede que me haya olvidado de tirar —susurró, torciendo los labios—, pero antes lo hacía bien.

Y en aquel momento se oyó el ruido de los caballos. Era un ruido espeso, monótono, espectral, que llegaba de los cuatro puntos cardinales y parecía llegar la noche.

—¡Ya están ahí! —chilló Statan, hundido en un mar de sudor—. ¡Ya están ahí! ¡Nos acorralan!

—¡Cállese!

Ahora era Dan el que bahía hablado, dirigiéndole una mirada furibunda.

—¡Empuñe bien su revólver o le salto la tapa de los sesos!

Pero ya el efecto desmoralizador se había producido. Todos estaban expectantes, silenciosos, escuchando el siniestro pifiar de los caballos en la noche, sabiendo que no eran más que una lucecita en el valle, aislada de todos, rodeada por todas partes de enemigos que en un instante podían deshacerlos.

Durante un largo minuto, el sonido de los caballos al avanzar llegó a hacerse obsesionante, angustioso.

La niña se echó a llorar.

—Colóquenla debajo de la mesa —ordenó Dan.

—¡Tal vez quieran parlamentar!… —dijo Statan—. ¿Quién nos asegura que piensen destruir el rancho? ¡Podemos hablar con ellos, ofrecerles…!

—A esta hora no se viene a parlamentar —cortó Dan secamente —. Sólo se viene a repartir la muerte.

—¡De todos modos, yo hablaré! —chilló Statan en el paroxismo del terror—. ¡Dejadme!

Abrió la puerta violentamente, con los brazos medio en alto, mostrando bien claramente que no llevaba armas. Había soltado el revólver al ponerse en pie. Cualquiera hubiese sabido ver que su actitud no era provocativa.

Pero los que rodeaban ya la casa, no quisieron verlo. Un disparo de rifle, largo y ululante, rasgó la noche.

Statan, alcanzado en la cabeza, cayó hacia atrás, mientras se llevaba las manos a la frente y lanzaba un grito de indecible angustia. La mujer chilló también, dominada por el pánico.

Dos balas más atravesaron la abierta entrada, aullando como lobos rabiosos dentro de la habitación.

—¡Todos a tierra!

Dan, de un balazo, apagó la luz de petróleo que colgaba sobre la mesa. En el interior se produjeron las tinieblas, y ellos dejaron de ser visibles para la cuadrilla de Clarkson que estaba fuera de la casa. Entonces Dan decidió aprovechar el momento. Puesto que si tenían que resistir un asedio largo, resultaría insoportable hacerlo con un cadáver dentro, empujó violentamente el cuerpo de Statan hacia el exterior. Al hacer esto, se hallaba ya plenamente convencido de que era inútil prestarle ninguna ayuda.

Cerró de un golpe la puerta de troncos, en el momento en que tres balas restallaban contra ella.

—Vendrán a por nosotros —silbó—. ¿Tiene alguna otra ventana la casa?

—Si. Una, en el dormitorio.

—Pues vaya usted, John, y defiéndala con su revólver. No tire hasta que los enemigos estén cerca. Usted, señora, colóquese a un lado de esa ventana, en el lugar que ocupaba Statan, y tenga presto su rifle. Yo iré de un sitio a otro según convenga, y vigilaré la puerta. El muchacho cargará las armas.

Sin darse cuenta, sin proponérselo siquiera, se había convertido en el jefe del pequeño grupo. Todos corrieron instantáneamente a hacer lo que él había ordenado.

El viejo John ocupó una ventana. La mujer otra, apoyando en el alféizar el cañón de su arma; el muchacho junto a ella, inclinado para no ofrecer blanco, y él pegado a la puerta, con dos revólveres a punto.

No tuvieron tiempo de dormirse, desde luego. La fiesta comenzó enseguida.

Y empezó como suelen empezar esta clase de fiestas.

Primero los asaltantes dispararon una verdadera granizada contra las paredes y las ventas del rancho, para desmoralizar a los

que estaban dentro y hacerles ver ya enseguida que era inútil toda resistencia. Pero habían cometido la torpeza de matar a Statan fríamente, y ahora todos los del rancho sabían que rindiéndose o no, les aguardaba la muerte. Era mejor, pues, recibirla con las manos sobre las armas. Durante el angustioso minuto en que las balas silbaron como canes rabiosos por el interior de la habitación, todos pensaron lo mismo.

Dan, que era el único que permanecía en pie, tuvo que arrojarse al suelo tras oír silbar junto a sus oídos las balas de rifle que habían triturado las ventanas, el viejo John, desde la del dormitorio, comenzó a lanzar maldiciones y a dirigir a los asaltantes unos calificativos tan cariñosos que hubiesen hecho enrojecer a una hiena.

—¡Cállese! ¡No conviene que sepan que hay alguien aquí!

El viejo calló. Pero se oía su respiración afanosa desde el otro lado de la puerta.

Lanzaba la primera andanada, y en vista de que no se percibía el menor movimiento en el interior de la casa, los asaltantes se apearon de sus monturas a una respetable distancia y, tras rodear el edificio, se acercaron lentamente con las armas a punto. Ahora, un banco de nubes había ocultado casi por completo la luna, de modo que la visibilidad era nula. Sólo los cañones de los rifles brillaban un instante en la oscuridad de vez en cuando, al acercarse los asaltantes a la casa.

Dan se preguntó cuántos serían. A juzgar por el ruido de caballos, bastantes, lo que además estaba de acuerdo con la costumbre de Clarkson de obrar siempre sobre seguro.

Entreabrió un poco la puerta, persuadido de que del interior de la casa no se filtraba el menor resquicio de luz. Pudo distinguir, tras un tremendo esfuerzo de observación, que por aquel lado se acercaban cuatro hombres. Si, como todo parecía indicar, habían rodeado la casa metódicamente y en igual número de hombres por cada lado, el cálculo arrojaba dieciséis atacantes. Suponiendo que hubiesen dejado uno para vigilar tan elevado número de caballos, el total era de diecisiete. ¡Diecisiete pistoleros para destruir una familia que no contaba con un solo verdadero hombre!

Una rabia sorda, mordiente, acometió entonces a Dan Morton. Si no tenía aún bastantes pruebas de que Clarkson era un asesino sin

conciencia, aquella especie de aplastamiento, aquella salvaje exterminación que dentro de unos instantes iba a empezar, hubiera bastado para convencerle. Los revólveres, ahora empuñaba también el de Statan… le hicieron daño en las manos, tan intenso era el deseo que sentía de ponerlos en acción.

Los atacantes se iban aproximando. Ahora se mostraban más claramente, lo que parecía indicar que, tras el silencio imperante, habían ganado confianza.

Dan entreabrió un poco más la puerta con el pie. No hizo ruido. Quedó un espacio suficiente para poder manejar los revólveres con comodidad.

Y entonces le vio uno de los pistoleros.

Había asomado tan sólo un poco de luna. Un relámpago de luz. Pero fue suficiente para que aquel hombre se diera cuenta de que algo acababa de moverse en aquel lado de la casa. Estaba ahora a unos veinte pasos de ella y llevaba un moderno «Winchester» en las manos. Fue a levantarlo y esto le perdió.

Había procurado no hacer ruido, pero el cañón del arma brilló siniestramente un segundo. Dan, apretando los dientes, disparó dos veces, tirando a matar. A aquella distancia, aun sobre un blanco casi invisible, no podía fallar. El pistolero lanzó un aullido mientras soltaba el rifle, y cayó al suelo con la cabeza atravesada.

Fue la señal.

Los atacantes se dieron cuenta de que aquel silencio había sido ficticio, de que habían estado a punto de caer en una trampa, y se arrojaron a tierra como un solo hombre. Pero ya el viejo John tenía encañonado a uno de ellos. Se oyó una seca carcajada, mientras su revólver hacía fuego. El que él había elegido como víctima dio un tragicómico salto hacia atrás y quedó doblado sobre su rifle, con un agujero redondo en medio del corazón.

Por su parte, la mujer no se había sentido nerviosa en ningún momento. Sabía que aquella lucha estaba perdida desde un principio y sólo le preocupaba vender su vida lo más cara posible. Hizo crepitar su rifle, y un individuo de los que se precipitan al suelo cayó un poco más lentamente que los otros. Los vivos quisieron caer, pero el que ya estaba virtualmente muerto aún pretendió mantenerse en pie. Las fuerzas le fallaron y al tocar tierra un espeso hilo de sangre empezó a manar de su boca.

—¡No disparéis más!

Los del interior de la casa oyeron perfectamente la orden de Dan, y la obedecieron, a pesar de que el éxito inicial les impulsaba a apretar más veces el gatillo, un poco alegremente, como queriendo mostrar a la cuadrilla que no iba a ser fácil su trabajo.

—¡Colocaos al lado de las ventanas y no respondáis al fuego! Se hartarán de tirar, pero eso no importa. Sólo pueden alcanzaros si tratáis de tirar vosotros también.

Calculaba que los gruesos troncos con que la casa estaba construida podrían, en efecto, resistir el impacto de cualquier dase de proyectil.

Como Dan había supuesto, los asaltantes no concibieron nada mejor que organizar un auténtico bombardeo, cribando cada ángulo y cada resquicio de la casa.

La cantidad de balas que en estos minutos atravesó las ventanas o chocó contra la parte exterior de los troncos fue increíble y capaz de acabar con la moral de cualquiera que no estuviese tan desesperado como los miembros de aquel grupo. Pero eso mismo demostró a Dan Morton que los asaltantes estaban desorientados, que en realidad no sabían qué hacer.

Resolvió entrar. Los que les sitiaban eran lo bastante hábiles y experimentados para no permanecer demasiado tiempo indecisos.

Minutos después, los disparos se espaciaron, y hasta dio la sensación de que parte de los atacantes se habían retirado, olvidando su propósito de ocupar la casa. En realidad, aquello fue para Dan la señal de que lo importante y decisivo comenzaba en aquel momento.

Cierto que sólo una mitad de los asaltantes disparaba. Pero era porque la otra mitad de los asaltantes disparaba. Pero era porque la otra mitad estaba avanzando sigilosamente, cubierta por el fuego, buscando apostarse junto a las ventanas y disparar a boca de jarro contra ellos.

Dan gateó primero hasta el lugar del viejo John.

—Va usted a hacer una cosa. Colóquese al lado derecho de la ventana, y dispare un par de veces hacia fuera, pero hacia el lado izquierdo. Un tipo se arrastrará hasta este costado, para, levantándose de repente, cazarle de cara y aprovechando la sorpresa vaciarle un tambor entre las cejas. Usted, sin embargo, se

habrá pasado ya al lado izquierdo. Él disparará sobre el vacío, y cuando se adelante un poco tratando de verle mejor, lo tritura, ¿entendido?

—O. K.

Dan gateó luego hacia la ventana defendida por la mujer, y ordenó lo mismo. Convenía obrar rápidamente, porque los que se arrastraban debían de estar ya muy cerca. La mujer dijo que sí, que le comprendía y que haría todo aquello.

Y en aquel crítico momento la chiquilla se puso otra vez a llorar, la madre, angustiada, volvió la cabeza.

Fue en este instante cuando apareció el tipo de la ventana. Era alto, muy delgado, y tenía movimientos de reptil. Debió ver la cabeza de la mujer vuelta hacia atrás, e hizo fuego, pero sólo llegó a rozarla. En el momento de apretar el gatillo, Dan le había atravesado ya el corazón.

El hombre cayó hacia adelante y quedó doblado sobre el alféizar de la ventana. La mujer chilló, chilló con todas sus fuerzas, perdido por completo el control de sus nervios.

Dan corrió hacia ella, tratando de evitar que abandonase su puesto.

Para el viejo John, en cambio, las cosas parecían ser extraordinariamente divertidas.

Había hecho lo que Dan le dijera. Había visto aparecer a un tipo por el costado hacía el que él había hecho los disparos, un tipo que se había levantado rápidamente y vaciado un tambor en menos de un segundo, creyendo haberle cazado de frente.

Pero John le aguardaba en el costado opuesto de la ventana, con el revólver a punto. Cuando el otro se adelantó un poco, sorprendido, silbó:

—Perdón, angelito.

Y empleó dos balas para ahorrarle los sufrimientos de este mundo. El pistolero cayó hacia atrás. Entonces, John se puso a reír entre dientes y su risa casi coincidió con el grito angustioso de su hija.

Quedaban vivos unos once hombres, según calculó Dan Morton. Número más que suficiente para enviar a él y a toda aquella familia al valle de Josafat. Cosa que empezaría a ocurrir, sin duda, en cuanto pusiesen en práctica el único medio aconsejable en aquellos

momentos.

Dos lados de la casa tenían ventana, el otro puerta, y el cuarto sólo una pared lisa de troncos. Cuatro asaltantes pudieron acercarse a ella sin ninguna clase de riesgo y sin que nadie les estorbase. Al ver que la resistencia ofrecida era realmente fuerte y, sobre todo, que estaba dirigida por un hombre frío y sereno, decidieron incendiar la casa. Naturalmente, empezaron por aquella pared.

Varias pacas de paja que había cerca, amontonadas para las necesidades del ganado, fueron apiladas junto a la pared. Luego, les prendieron fuego. Varias antorchas llameantes cayeron también sobre el techo.

Los defensores del interior no podían hacer absolutamente nada ante aquella forma de lucha, tan semejante a las empleadas por los indios con las caravanas sitiadas No podían, además, salir por las puertas y ventanas cuando la casa se incendiase, porque los pistoleros les aguardarían para rematarles uno a uno con entera comodidad.

Dan empezó a pensar que tal vez no había sido un tipo muy recomendable, pero que, de todos modos, morir achicharrado vivo resultaba un poco exagerado. Y empezó a pensar también cómo podía evitarlo.

No se le ocurrió absolutamente nada.

Los sitiadores habían dejado de disparar y aguardaban, sin duda, los resultados de su maniobra. En el interior de la casa todos guardaban un hosco y temeroso silencio, a excepción de la niña, cuyo llanto se había hecho más intenso. Sus gemidos eran lo único que se escuchaba sobre el tenue crepitar de las llamas.

—¡Hay aquí una niña! —rugió Dan Morton—. ¡Dejadla salir a ella! ¡Dejadla salir, canallas!

Pero nadie respondió. Una ira más sorda e intensa que la que había sentido hasta entonces, se apoderó de él.

—Voy a abrir la brecha —susurró—. Salgan ustedes detrás de mí. No esperemos a que nos rodeen las llamas.

La luna se había ocultado de nuevo, pero los fulgores del incendio iluminaban los alrededores con entera claridad. Cuando Dan empezó aquello, sabía que era imposible pasar inadvertido.

Abrió de repente la puerta, haciéndose a un lado. Como había supuesto, los sitiadores no estaban distraídos, y un verdadero

huracán de plomo penetró por el hueco.

Dan aguardó con todos los nervios en tensión. Sabía que el suyo iba a ser un salto sobre la muerte, y ansiosamente fue contando los minutos. Uno, dos…

Su intención era que los que disparaban quedasen un momento asombrados al ver que no salía nadie, momento que él notaría por la escasa intensidad de los disparos. Ése sería el instante elegido para saltar.

Tardó unos cuatro minutos en producirse aquello. Cuatro minutos durante los cuales los que estaban al otro lado de la puerta agotaron casi por completo las municiones de sus cilindros y las llamas devoraron medio techo, amenazando derrumbarlo.

Cuando entre los disparos se produjo una especie de paréntesis, tan breve que sólo un oído muy experimentado podía percibirlo, Dan Morton, sin esperar más, saltó.

Lo hizo hacia un lado y con los revólveres por delante. Su agilidad tuvo mucha semejanza con la de un gato rabioso.

Vio a los tipos que habían disparado. Tres colocados casi juntos, extendidos en el suelo, pero sin demasiada protección. Al ver saltar de la casa a un tipo tan joven y ágil, cuando no esperaban encontrar más que gente atemorizada e inútil, los tres al unísono lanzaron una maldición.

Dan disparó con los dos revólveres a la vez. Falló una bala, pero colocó la otra. Uno de los pistoleros se encogió lanzando un chillido. La bala le había picado bajo el cuello igual que un reptil. Dan disparó otras dos veces, y ahora sobre seguro. Los otros dos pistoleros fueron alcanzados en la cabeza y soltaron sus armas al mismo tiempo, sufriendo una doble y violenta contracción.

«Ocho enemigos —pensó Dan—. Todavía ocho…»

Pero de momento la puerta había quedado libre. La mujer salió con su hija en brazos, abandonando el rifle. Dan las vio escapar con una sonrisa. Que ellas al menos se salvasen… Pero de repente su sonrisa quedó cortada para transformarse en una mueca de furia.

La mujer se había encogido, como si le hubiese fallado un pie y tratase de recobrar el equilibrio. De improviso se encogió un poco más. Dan había estado tan atento a su marcha que ni siquiera escuchó el disparo producido unas yardas a su izquierda. Vio entonces cómo la mujer caía, con el pecho atravesado por una bala,

aun salvando a su hija.

Dan distinguió al individuo que había hecho el disparo. Era un tipo alto, delgado, con barba negra. Tenía los labios torcidos en una mueca de satánico odio. Había aparecido por un costado de la casa, viendo a la mujer que corría, pero no a Dan, que estaba tumbado y hecho un ovillo entre dos rocas.

Y tenía que haber visto, también, que aquella mujer llevaba a una niña entre los brazos.

Dan pudo haber saltado el cráneo del hombre de un solo balazo, pero quiso que se diera cuenta de que iba a morir. Le avisó:

—¡Chist!

El otro se volvió para encontrarse con una sonrisa amable, placentera. Y el ojo de un revólver.

—Me ha gustado tu puntería, hermano.

Había tanto odio en la fría cortesía de Dan Morton, que el otro lanzó una especie de chillido levantando el revólver. No lo hizo con la suficiente rapidez, pues el asombro aún le tenía petrificado. Dan disparó contra su mano, desarmándole.

Luego la cosa fue sencilla.

En cualquier momento podía llegar otro de los gorilas y cribarle por la espalda, pero eso no le importaba. Ahora aquel tipo era suyo. Y le obsequió con una bala en la pierna derecha que le hizo levantarla, llevándose ambas manos a la herida. Luego, Dan subió un poco más arriba. En la cadera. Un poco más a la derecha. El vientre. Tres nuevas balas disparadas con una celeridad asombrosa fueron subiendo desde el pecho hasta la cabeza, donde se alojó la última.

Y hecho esto, Dan se volvió como un reptil, colocándose de espaldas a tierra. Sabía que alguien estaría acercándose a él. Y no se equivocó.

Dos hombres venían corriendo, desorientados aún, sin saber exactamente de dónde provenían los disparos. Dan Morton les pudo cazar con facilidad. Casi fue demasiado sencillo. Apretó dos veces el disparador, empleando sus dos últimas balas, y ambos hombres cayeron a un tiempo, alcanzados mortalmente.

Aquello se estaba transformando en la derrota más sangrienta que jamás había sufrido el granuja de Clarkson.

Dan había calculado que le quedaban unos ocho hombres, de los

cuales acababa de eliminar a cuatro. Pero como estaría, probablemente, guardando los caballos, lo más seguro era que por allí cerca sólo quedasen unos tres amigos en pie.

Se acercó, arrastrándose, hacia la casa. Tenía los revólveres descargados, y si en este momento hubiese aparecido un nuevo gorila, no hubiera dispuesto de ninguna posibilidad de salvarse. Pensando en ello, Dan recorrió de un solo salto las últimas yardas que le separaban del edificio en llamas.

Lo primero que vio fue al viejo John muerto en el umbral de la puerta que separaba las dos habitaciones. Sin duda había intentado salir también, y una bala, entrando por la ventana, le había atravesado la cabeza. Lo segundo que vio fue al hijo de la muerta, el único superviviente de la familia, quien, sin dejarse dominar por el miedo, seguía reuniendo las municiones y separándolas por calibres, a fin de no confundirse.

Había recogido además el revólver de su abuelo y en este momento lo estaba cargando también.

Dan se dijo, admirado, que aquel muchacho era todo un valiente, un auténtico cachorro de león.

—Vamos a salir de aquí —dijo—. ¡Dame ese revólver!

El muchacho se lo arrojó, recogiéndolo Dan Morton en el aire con gran agilidad.

—Haz lo que yo haga.

—Sí… Sí, señor…

Dan se acercó gateando a la puerta, sin hacer el menor ruido. Y eso le sirvió para oír, a un costado de la abertura, una respiración afanosa e inquieta.

Sin duda uno de los pistoleros, no deseando incurrir en ninguna de las equivocaciones de sus secuaces, se había apostado allí esperando que alguien apareciera para vaciarle un tambor en el cuerpo.

Dan Morton sonrió y luego miró al techo. Su sonrisa quedó cortada en aquel instante.

Lo más prudente era salir por una de las ventanas; claro, pero para eso tenía que aguantar el techo. Y el techo ofrecía el aspecto de ir a desplomarse sobre sus cabezas, envolviéndolas en llamas de un momento a otro.

Dan supuso que los tres pistoleros se habrían distribuido del

siguiente modo: uno junto a la puerta y dos junto a las ventanas.

En este momento se derrumbó parte del techo. El suelo de la casa quedó tapizado de pedazos de madera ardiendo.

—Chilla —le dijo al muchacho—. Chilla como si te estuvieras abrasando.

El otro comprendió enseguida y empezó a berrear de una manera que destrozaba los nervios. Dan se acercó a una de las ventanas, la del comedor, y arrojó por ella una almohada que previamente había retirado del dormitorio. Dos balas la atravesaron antes de que cayera al suelo, y las dos procedían del lado izquierdo.

En realidad, Dan ya se había dado cuenta de ello antes, de que la pieza tocara a nena. Su reacción fue instantánea y su actuación también. Sacó tan sólo un brazo por la ventana y empezó a disparar como un loco, trazando con su revólver un movimiento de arriba abajo.

Una bala le rozó los músculos junto al hombro, pero no por eso dejó de hacer fuego. Escuchó muy cerca la violenta contracción de su adversario, alcanzado de lleno, y luego la caída.

No se fió aún. Había reservado una bala y la disparó. El pistolero, que incluso mortalmente herido se aprestaba a disparar, la recibió en el pecho y quedó inmóvil, con los brazos abiertos.

Dan vio que el muchacho, con una diligencia extraordinaria, había cargado ya sus dos revólveres, los mismos que él, al entrar, arrojara al suelo.

—Gracias. Sígueme.

Saltó por la ventana sin que nadie la molestara. Pero apenas había puesto los pies en el suelo cuando el tipo que aguardaba junto a la puerta de la casa dobló la esquina de ésta. Sin duda le habían alarmado los disparos y quería saber lo que ocurría. Dan lo recibió con una doble descarga que le abatió antes de que se diera cuenta de lo que había sucedido.

Probablemente solo quedaba un enemigo en torno a la casa. ¡Uno tan solo, como resto de la enorme cuadrilla que Clarkson enviara para exterminarles!

Dan se dirigió al muchacho.

—¿Hay aquí algún sitio para dejar los caballos?

—Una explanada a menos de media milla. Posiblemente los han dejado allí.

—¿Y los del rancho?

El muchacho bajó la cabeza.

—Nos los mataron todos hace tres días. Por eso suponíamos que de un momento a otro nos tocaría el turno.

—Está bien. Caminaremos media milla. Aunque forzosamente han debido dejarlos más cerca, porque el ruido de los cascos oía con mucha nitidez.

Dan y su joven amigo iban a marchar, haciendo caso omiso del pistolero superviviente, pero en este momento ocurrió algo.

Se derrumbó la casa.

El fuego había mordido ya en ella con tal intensidad que el derrumbamiento fue repentino, total. Con una especial angustia, Dan no pudo menos que pensar lo que hubiera sido de ellos si se llegan a entretener un par de minutos más.

Y al derrumbarse la casa, apareció el pistolero que estaba al otro lado, apostado junto a la ventana del dormitorio.

Fue cuestión de serenidad y rapidez. Los dos tuvieron ambas cosas y comprendieron que entre su vida y su muerte no mediaba más que una décima de segundo. Al mismo tiempo dispararon, pero Dan lo había hecho desde el suelo, al que se había arrojado enseguida, mientras que su enemigo seguía de pie.

Por poco tiempo.

La bala disparada por Dan le alcanzó en un costado.

Se inclinó, tratando de correr hacia atrás, y haciendo aún un esfuerzo desesperado para levantar su revólver. Una bala más certera le envió como fulminado hacia el suelo.

Dan entonces, se levantó muy lentamente. No había enemigo a la vista, pero convenía alejarse de las llamas, porque el que probablemente vigilaba los caballos podía volver, y a la luz de la hoguera el muchacho y él eran dos blancos difíciles de fallar. Se alejaron, pues, unos treinta pasos, y desde allí contemplaron el desastre.

Los sicarios de Clarkson habían conseguido, sin duda, su objetivo, que era destruir el rancho y eliminar sin piedad a las gentes que lo ocupaban. ¡Pero a qué precio! Aquí y allá yacían cadáveres en las posturas más variadas, unos sujetando aún un rifle, otros con los brazos abiertos o arañando la tierra. Algunos, sin duda, debían estar achicharrándose entre las pavesas de la casa que

ellos mismos habían incendiado, pero sin sufrir ya.

El muchacho, con lágrimas en los ojos, se persignó. Dan Morton le acarició la cabeza.

—Recoge a la niña —le dijo.

Una vez hecho esto, comenzaron a andar los tres juntos con gran precaución, procurando hallar el sitio donde los pistoleros habían dejado los caballos.

Lo encontraron fácilmente, porque el camino del rancho conducía a él. Era una pequeña explanada donde diecisiete caballos estaban amarrados por las bridas, unos a otros, y vigilados por un hombre. Ese hombre parecía el tipo más tranquilo del mundo.

Dan le vio encender un cigarro. Sin duda el pistolero había oído la fenomenal zarabanda de disparos, pero interpretándola en el sentido de que sus compinches se estaban divirtiendo de lo lindo con el trabajo.

Ahora llegaba hasta él el resplandor de las llamas, señal inequívoca de que todo había terminado, y debía estar esperando que la tropa de granujas llegase de un momento a otro. Mientras tanto, se había propuesto contemplar las estrellas entre las volutas de humo que despedía su cigarro recién encendido.

Pero en lugar de los pistoleros, lo que apareció fue un solo individuo. Un tipo joven, alto, con las ropas destrozadas y una sombría expresión en el rostro.

Y debajo del rostro y de la sombría expresión brillaba, siniestro, un revólver.

—¡Quietas las manos!

Al guardián se le iban los dedos hacia el revólver. Pero aquella voz autoritaria y seca bastó para inmovilizarle.

—No quiero matar a nadie más. Tienes suerte. ¡Desátate el cinturón!

En el mismo llevaba dos revólveres. Sus manos fueron lentamente hacia la hebilla, pero en este momento vio que su enemigo, sin duda reventado por la lucha, cerraba un momento los ojos y respiraba fuerte, como si hubiese estado a punto de sobreponerse a un desvanecimiento.

Era su oportunidad. Clarkson le cubriría de oro si le entregaba el cadáver del hombre que había deshecho a la cuadrilla entera.

Vio que el joven, además, sostenía el revólver con la mano

izquierda, porque el brazo derecho, junto a, hombro, tenía una amplia mancha de sangre. No podía tirar con la suficiente rapidez.

Desvió las manos y asió las culatas de sus revólveres.

—¡Cuidado!

El muchacho, que venía un poco detrás, había advertido a Dan.

—¡Maldito!

Dan Morton disparó cuando el otro ya ponía sus revólveres en línea de tiro. Disparó todas sus balas, fríamente aún, sintiendo cómo un dolor sordo le estrujaba el corazón. Aquella noche había sido la más sangrienta, la más terrible, de su vida entera.

El pistolero cayó, atravesado, sin tiempo siquiera para apretar el gatillo una vez.

Diecisiete hombres.

Clarkson había quedado prácticamente sin cuadrilla. Hasta que la rehiciese contratando a nuevos pistoleros, estará a merced de cualquier hombre audaz.

Y Dan Morton se propuso aprovechar del todo aquella fantástica noche.

CAPÍTULO X

A pesar de que en el inmenso rancho de Clarkson no se criaba ganado, en sus establos aún quedaban unos viejos hierros de marcar, sin duda reliquias del tiempo en que aquello había sido un lugar apacible donde los terneros engordaban.

Los hierros estaban olvidados en un rincón, y alguien que desconociera el lugar no los habría visto. Pero la extraña sombra que penetró aquella noche en las cuadras parecía conocer el terreno paso a paso.

Un guardián armado con un rifle vigilaba los caballos seleccionados entre los mejores de la comarca. Aquella noche los animales no eran muchos, porque faltaban diecisiete que habían ido con sus jinetes a realizar un «trabajo». Por cierto, el guardián opinaba que ya estaba tardando demasiado.

No vio la sombra envuelta en una larga capa negra que se deslizaba igual que un fantasma a lo largo de la pared de madera.

La luz de un farol dio en el rostro del recién venido e iluminó por un instante sus ojos, unos ojos brillantes, pequeños y astutos como deben ser los ojos del diablo.

El guardián no le oyó tampoco.

Tan sólo se dio cuenta de que «aquello» existía cuando sintió una cosa fría en la espalda, cerca de su corazón. Tardó unos segundos en darse cuenta de que lo que había penetrado entre sus omóplatos era un largo cuchillo, y se volvió lanzando un grito de angustia.

Pero al ver al que le había atacado, al ver aquella extraña sombra, el grito quedó ahogado en su garganta.

Su rostro se dilató, como si se hinchara, con una expresión de horror.

—¡Nooo…!

Fue su última palabra.

Una mano de dedos sarmentosos desclavó el cuchillo de la espalda y lo volvió a clavar en el pecho, ahora de lleno en el corazón. Todo el cuerpo del guardián se estremeció en una última crispación de agonía. Un segundo después estaba muerto.

El desconocido rió.

Río con una risa queda, espectral, capaz de helarle la sangre en las venas a un pistolero de la llanura.

Pasando por encima del cadáver, se dirigió al lugar donde estaban los viejos hierros de marcar. A la luz del lejano farol los fue examinando, hasta seleccionar uno que en vez de letras, como era normal, tenía una palabra completa. Esa palabra era: «Devil».

Es decir: «Diablo».

El recién llegado fue con él hasta las enormes cocinas del rancho. Éstas parecían las de un cuartel, ya que era preciso preparar comida para más de veinticinco pistoleros y otros tantos trabajadores que lavaban las arenas del río. Pero nadie se quedaba de guardia allí durante la noche, ya que en las cocinas no había nada de valor.

Un rescoldo ardía aún en uno de los fogones. El fantasma se acercó y puso la marca del hierro entre los carbones encendidos, hasta que la palabra «Devil» estuvo al rojo. Luego la miró satisfecho y se encaminó hacía la casa.

La vigilancia de ésta había sido algo descuidada aquella noche, a causa de faltar diecisiete pistoleros y estar los demás patrullando por el amplio parque. El fantasma, pues, no tuvo grandes dificultades para introducirse en el edificio, que además conocía perfectamente.

Sin vacilar fue al dormitorio de Clarkson, ante cuya puerta había siempre un guardián.

Siempre pegado a la pared como una sombra, el misterioso personaje se acercó poco a poco. El guardián no advirtió nada hasta que le tuvo materialmente encima. Y la primera señal de su presencia fue recibir en el corazón el mismo cuchillo que había servido para enviar al Más Allá al guardián de los establos.

Los brazos del hombre vestido de negro le sostuvieron para que no cayese. No hubo el menor ruido de lucha.

Luego el hombre hizo girar el pomo. Vio la cama ancha, enorme, donde Clarkson reposaba. Esta vez estaba solo. Una sonrisa satánica se marcó en los labios del recién venido.

Clarkson dormía apaciblemente, como si jamás hubiera matado a nadie y como si pensara que jamás nadie hubiese de matarle a él.

Otra vez el fantasma sonrió. Sentía que Clarkson no se diese plena cuenta de lo que iba a ocurrir, pero no podía exponerse a un alarido que hiciera estremecer la casa.

Con la culata de un revólver le golpeó dos veces la cabeza, hasta dejarle absolutamente sin sentido.

Luego le apretó sobre el pecho el hierro al rojo, marcando en la piel de Clarkson, como si se tratara de la piel de una res, la trágica palabra «Devil».

Un horrible olor a carne quemada se extendió por la habitación.

El fantasma lanzó una carcajada.

CAPÍTULO XI

Después de dejar en lugar seguro a los dos supervivientes del rancho, o sea, al muchacho y a la niña, Dan Morton se encaminó rápidamente hacia la residencia de Clarkson.

Prácticamente no quedaba vigilancia en ella. La carnicería entre los pistoleros había sido tan enorme, que ahora Clarkson estaba a merced de cualquier hombre audaz. Y ese hombre audaz iba a ser Dan Morton.

Sin embargo, alguien guardaba aún la residencia de Clarkson. Apenas Dan había entrado en el parque cuando alguien disparó contra él.

La bala le rozó la cabeza, haciéndole lanzarse del caballo con la velocidad del rayo. Y eso fue lo que le salvó, porque una segunda bala llegó unas décimas de segundo más tarde. Dan sacó el revólver que tanto plomo había repartido ya y disparó por entre las patas del caballo.

A la luz de la luna vio a Stuart, otro de los principales asesinos al servicio de Clarkson, junto con Benson, ya muerto. Stuart venía hacia él disparando como un loco, pues creía haberle alcanzado y ahora pensaba rematarle. Stuart recibió la bala en mitad de la frente y dio un extraño sallo, quedando tendido sobre el suelo en postura grotesca.

Dan Morton comprendió que no tenía tiempo que perder. Ahora la alarma ya estaba dada. Corrió hacia la casa.

Un pistolero más apareció en el umbral, armado con un rifle. Dan le envió al Alas Allá con una bala entre los ojos.

Por las solemnes escaleras vio descender a Clarkson. Clarkson vestía una bata de casa y llevaba impresa en sus facciones una expresión de horror. Lanzó un grito casi femenino al ver allí a Dan

Morton con un revólver amartillado. Supo que iba a morir. Leyó su propia sentencia en los ojos glaciales del joven.

—Defiéndete, Clarkson. Si no tienes revólver, yo te lo prestaré —dijo secamente Dan.

Pero en aquel momento sintió un contacto frío en su espalda.

—Quieto, cariño —dijo una voz.

Adivinó quién era al oír aquella voz.

—¡Quieto o te abraso!

—Pero…

Una mano le despojó hábilmente de su revólver, que hizo caer al suelo. Dan, entonces, se volvió, con los ojos entre cerrados a causa de la incredulidad.

Y no era para menos.

La persona que estaba tras él, amenazándole, era Coral.

—¡Loca! ¿Qué clase de broma es ésta? ¿Qué es lo que pretendes, si es que pretendes algo?

—Pretendo salvar a Clarkson.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Clarkson había extraído un revólver, amartillándolo suavemente. Dan se dio cuenta de que iba a morir, y entonces sonrió, sonrió con una mueca de desafío. Sus facciones reflejaron una postrera y desesperada burla.

—Antes me atacaron dos hombres —susurró—, pero fallaron y eso me permitió actuar a tiempo. Ahora los dos están muertos. Tú, en cambio, no fallarás, Coral. Has pisoteado mi corazón y mi honra. Pero más valdrá que lo olvides disparando de una vez. Así, al menos, no habrá quien te lo recuerde.

Coral oyó todo esto con los labios apretados y los ojos húmedos. Pero fue Clarkson quien levantó unos centímetros su revólver.

—Reza, Dan Morton. ¡Reza porque te coseré a balazos la espina dorsal, porque clavaré las seis balas de mi cilindro bajo tu maldita piel, sin dejar ni una!

Dan seguía sonriendo.

—¿Es que acaso eres tú, Coral, de verdad la chica de un canalla como Clarkson? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo es posible Coral, que le ames hasta este extremo?

—¡No es eso! ¡No me entiendes! ¡No puedes entenderme porque eres un pistolero!

—Y por él, has mentido, has adoptado una actitud falsa, cínica —masculló Dan—. Está bien, muchacha, ya que te has equivocado, equivócate del todo. Cierra los ojos y aprieta el gatillo. Amo a la muerte.

Miró también a Clarkson. Dan, con la mano izquierda, se había rasgado todos los botones de la camisa, de arriba abajo, para que Clarkson le viera mejor el pecho al disparar.

—¡Tira, perro, tira! ¡Y mientras aprietas el gatillo, no dejes de ladrar!

Clarkson levantó un poco más el revólver. Sus facciones estaban deformadas por el odio.

—¡No puedes matarle, Clarkson! —gritó en este momento Coral—. ¡Yo te he salvado, pero no para que lo sacrifiques a él! ¡No puedes hacer eso! No puedes asesinarle a sangre fría. ¡No puedes! ¡Si aprietas el gatillo, te mataré!

Había algo desesperado en su voz. Clarkson se puso instantáneamente nervioso.

—¡Cállate!

—¡Es que obrar así sería una canallada, Clarkson! ¡Y perderás la oportunidad de ser juzgado legalmente!

Dan hizo más ancha y despectiva su sonrisa.

—Este honorable amigo tuyo está muy acostumbrado a las canallas, Coral. Más vale que le dejes en paz. ¡Y, por mil diablos, además no me gusta que me defiendan las mujeres!

—Ya lo has oído, Coral. Al amiguito hasta le molesta tu voz.

—¡Pues la oiréis de todos modos! ¡Voy a dejarle libre, Clarkson, para que huya si quiere!

—¿Huir?… —Clarkson soltó una carcajada diabólica. ¿Crees que le permitiré escapar cuando todos los triunfos están en mi mano? ¡Tú te has vuelto loca, Coral! ¡Y retírate de delante si no quieres que te destroce a balazos tu bonita cara!

La muchacha apretó los labios. Sus facciones reflejaban un dolor supremo, desesperado, que las ennoblecía. Era como si el último desengaño, la última bofetada, hubiera hecho resurgir todo cuanto de bueno, de noble y de generoso había en ella. Dan sintió en estos instantes una desesperada compasión por la mujer, porque supo que aquella joven vida también había tocado a su fin.

Coral movió los labios para escupir en la cara de Clarkson.

—¡Cobarde!

Un hombre como Clarkson, a quien una corte de mujeres perdidas y pistoleros a sueldo había preservado de todo roce desagradable en la vida, encajaba mal los insultos. Sus facciones empalidecieron un poco más y entrechocaron sus dientes. El revólver que tenía en la mano derecha, apuntando a Dan, hizo un levísimo giro y la detonación se mezcló con un grito de horror de Dan al ver éste cómo Coral se encogía, rozada por el proyectil.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Condenado perro!

Las facciones de Clarkson se habían transformado, reflejaban un goce infrahumano, diabólico. Su mano derecha temblaba de excitación al empuñar el revólver.

—¡Sigue insultándome! Los insultos suenan bien en tus labios. ¡Sigue hablando, porque en cuanto yo apriete el gatillo ya no podrás hacerlo nunca más!

—¿Y por qué no lo aprietas ya, sapo? —Escupió Dan—. ¿Es que el ruido te da miedo?

Clarkson levantó un poco más el revólver a punto de disparar. Pero en este momento sus tres últimos secuaces que quedaban vivos irrumpieron en la sala.

Venían armados de revólveres. Dan pensó con cierta ironía que a su situación ya no le faltaba nada para ser incompleta. Sin armas y con cuatro enemigos en la habitación sedientos de sangre.

—¡Jefe! —aulló uno de los pistoleros—. ¡No sabíamos que este hombre hubiera logrado escapar! ¡Después del tiroteo nos hemos agazapado esperándole!

—¡Y mientras vosotros esperabais podía haber llegado para mí el día del juicio final! ¡Ha tenido tiempo de matarme cien veces! ¡Estúpidos! Lo único que merecéis es… ¡esto!

Apretó el gatillo una vez, y el pistolero que acababa de hablar se llevó las manos a la cabeza con un gemido de horror. La sangre empapó sus dedos. Fue una visión de pesadilla verle caer, retorcerse, gemir, mientras se doblaban sus rodillas. Coral tuvo que cerrar los ojos, y Dan lanzó una salvaje maldición. Los otros dos pistoleros se quedaron blancos, petrificados.

—Pero…

Dan aprovechó el momento. Su vida había dependido muchas veces de una fracción de segundo.

Casi le causaba placer saber que había llegado el momento decisivo, el momento de matar o morir.

Flexionando la cintura, y apoyándose en un solo pie, saltó. No lo hizo sobre Clarkson, sino sobre los dos pistoleros, que a pesar del susto que se leía en sus ojos estaban más serenos que su jefe.

Por otra parte, si lograba formar un grupo confuso con los dos hombres, tenía ganada la mitad de su aventura. Sus brazos, parecidos a cables de acero, aferraron las cabezas de los dos hombres, mientras Clarkson disparaba. Los tres cayeron en confuso montón y la bala salió demasiado alta.

Fanáticamente decidido a vencer o morir, Dan no perdió ni un segundo. Su espuela derecha rasgó el brazo de uno de los pistoleros, obligándole a soltar el arma con un aullido de dolor. Aún no había tocado el revólver al suelo cuando él lo tenía ya entre sus dedos trémulos. Y con una velocidad centellante lo empleó contra el que había sido su dueño, clavándole la bala bajo el mentón y atravesándole la cabeza.

Inmediatamente saltó, casi a ciegas, contra uno de los sillones. Cayó en él mientras las balas de Clarkson picoteaban el suelo de tablas. El otro pistolero se levantó. Dan, rodilla en tierra, movió otra vez el dedo índice, y el cañón envió a través de la estancia sus cálidos chorros de muerte.

El pistolero se dobló alcanzado, mientras en sus rostros se dibujaba una incredulidad absoluta. Tuvo la sensación de que sufría un ligero desmayo y nada más.

Naturalmente, el no vio el impacto en su pecho ni el fatal hilillo de sangre que ya empezaba a manar de su boca.

Fue un desmayo que le trasladó al Más Allá.

Clarkson tiró con rabia, casi al azar, y la bala atravesó el revólver del joven, hiriendo a éste en la mano.

Dan se encogió un poco, mirando a la muerte cara a cara. Pero Clarkson desvió la dirección de su arma.

Pues Coral se disponía ya a escapar.

Y Clarkson comprendió que Coral, que ya estaba a punto de escabullirse, era para él una presa mucho más urgente que Dan Morton.

E iba ya a apretar el gatillo cuando a sus espaldas dijo una suave voz:

—Muy bien, Clarkson. ¿Te atreverás a asesinar a tu propia esposa?

CAPÍTULO XII

Dan Morton había tenido un estremecimiento de sorpresa poco antes, al oír la voz de Coral. Pero esta vez el estremecimiento se convirtió en un auténtico espasmo. Porque la voz que acababa de oír era una voz conocida, pero a la que él ya creía en el Más Allá: ¡la voz del propio Percy!

Sintiendo que unas gotitas de sudor frío nacían en sus sienes, volvió la cabeza poco a poco.

Percy, en efecto, estaba allí. Vestía de negro, y a pesar de la luz reinante en la habitación, su aspecto era el de un vampiro recién salido de su tumba. En su mano derecha empuñaba un revólver.

—¡Tú!… —jadeó Dan—. Si esta noche hubiese bebido creería que estoy viendo alucinaciones. ¡Pero si no es posible! ¡Tú estás muerto! ¡A ti te mataron a latigazos los propios esbirros de Clarkson!

—Eso creíste…

La situación era insostenible, alucinante. Dan Morton, antes tan seguro de sí mismo, no sabía ahora si ponerse a lanzar gritos o romper en carcajadas de loco.

Pero Clarkson estaba tan asombrado como él.

—¿Que has dicho? —balbució—. ¿Aseguras que esa mujer es mi esposa?

Percy retrocedió unos pasos y les amenazó a todos con su revólver. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que estaba listo para disparar y de que apretaría el gatillo en cuanto alguien se moviese.

—Si —dijo—; lo es. Hace un tiempo, como tú recordarás muy bien, te apoderaste por la fuerza de estas tierras que eran de Thomas Gardner. Dan Morton y yo las defendimos contra tus

hombres; primero lo hicimos legalmente y luego con las armas. Pero pronto me di cuenta de que teníamos la partida perdida, porque tú eras el más poderoso.

Sonrió levemente en dirección a Dan, con una sonrisa que era más bien una siniestra mueca.

—En consecuencia, tú y yo hicimos un pacto secreto —susurró Percy mirando ahora a Clarkson—; yo te ayudaría a eliminar a Dan Morton y tú me darías una parte en los beneficios. A fin de que el golpe no fallara, fui a reclutar unos pistoleros a Santa Fe, pistoleros que luego yo mismo dirigiría contra Morton. Para que éste no sospechara, si me preguntaba por las causas de mi ausencia, preparé una coartada: había ido en busca de una chica que me interesaba. Y, en efecto, encontré allí a una muchacha a la que la soledad y la miseria habían ido empujando a los peores tugurios de Santa Fe sin ella pretenderlo. Cuando la conocí estaba acorralada por varios pistoleros y sumida en la más negra desesperación Yo entonces le propuse sacarla de aquel apuro si se casaba conmigo.

Dan Morton había palidecido. Por primera vez temblaban sus manos. Miró a la muchacha.

Y en los ojos atemorizados de Coral halló la confirmación a las palabras de Percy. Lo que Percy estaba diciendo era la terrible verdad.

—Pero ¿por qué hiciste esa tontería? —rugió Clarkson—. ¿Por qué?

—Para tener un arma contra ti en el caso de que fuera necesario —dijo Percy con una mueca—. Porque no me casé ante el juez de Santa Fe con mi nombre, sino con el tuyo, Clarkson. Antes había prometido a la chica que saldría de la ciudad con ella, sacándola del apuro, pero sin tocarle un pelo de la ropa. Y lo cumplí.

—¡Pero eso seguía siendo una estupidez! —rugió Clarkson—. ¿Qué clase de arma tenías contra mí?

—Muy sencilla —rió Percy—. Al casamos, aquella muchacha y yo hicimos testamento dejándonos recíprocamente todos nuestros bienes. Yo los míos en caso de muerte; Coral los suyos a mí, si la que moría era ella. Como Coral no tenía más que la ropa que llevaba puesta, eso no le importó. Más bien le pareció un capricho. ¿Y qué ocurría luego, cuando yo matase a Coral? Oficialmente yo la heredaba…, ¡y podía reclamar en su nombre una parte considerable

de tus bienes, Clarkson, puesto que legalmente era tu esposa!

Lanzó una carcajada seca e hiriente al ver los ojos de Clarkson, asombrados y redondos como platos.

—Pero éste era solamente un naipe que guardaba en la manga, un triunfo que sólo pensaba utilizar en caso necesario. Dejé a la chica y regresé a Nevada con varios pistoleros. Pero, mientras tanto, habían sucedido cosas; Dan Morton, que siempre fue un aventurero incapaz de estar dos días en el mismo sitio, se había largado al enterarse de mi ausencia. Tú pensaste que ya no volvería más, y en consecuencia pasé a serte un elemento inútil, un tipo que sólo servía para estorbar y reclamar. Me preparaste una emboscada y liquidaste a todos los pistoleros que había contratado, dándome por muerto a mí también. Luego propagaste el rumor de que había muerto a manos de tus sicarios; con ello pensabas imponer el terror para que sirviera de ejemplo a tus futuros enemigos, porque nadie juega con un hombre que es capaz de matar a latigazos a sus adversarios. Incluso me abriste una falsa tumba.

Hizo una mueca y añadió, mientras alzaba ligeramente el revólver:

—A partir de entonces juré vengarme, Clarkson… Como estaba malherido, tuve que pasar muchísimo tiempo antes de que pudiera pensar en enfrentarme contigo nuevamente, pero mi afán de venganza no cesaba. Me dije que te marcaría como a una res, con un hierro candente, antes de matarte. ¡Y ya estas marcado, Clarkson! ¡Ya llevas mi marca, que es como la marca del diablo!

Lanzó una carcajada de maníaco, una carcajada alucinante que hizo gemir de angustia a Clarkson.

—¿Cómo estás aquí? —preguntó luego, mirando a Dan Morton —. ¿Por qué?

—Por el testamento de Thomas Gardner.

—No te entiendo.

—Thomas, antes de morir, debió conocer tus propósitos, Percy, y por eso redactó un extraño testamento que hubiera obligado a venir aquí a cualquier aventurero. Y yo soy un aventurero, Percy… Gardner sabía que salvaría a esa pobre muchacha de Santa Fe y quizá a ti mismo, Percy. Pero me temo que ya sea demasiado tarde.

—Lo es.

—Llevas la locura en tus ojos.

—¿Llamas locura al deseo de querer ser rico como Clarkson? ¿Llamas locura al deseo de venganza? —Lanzó otra carcajada—. Aunque en realidad es igual; los nombres no importan. Lo único importante para ti, Dan, es la bala que voy a alojarte en el corazón.

—Antes de hacerlo permíteme que dirija una pregunta a Coral; una sola pregunta.

—Date prisa.

Dan Morton miró a Coral. Había lágrimas en los párpados de la muchacha.

—¿Por qué le has salvado? —preguntó—. Sólo es tu marido a causa de una falsedad, y hasta hace poco jamás te había visto. ¿Por qué has impedido que Clarkson muero?

—No tengo nada que agradecer a Clarkson —dijo Coral con voz ronca—, puesto que él asesinó a mi familia e incendió nuestro rancho. Pero tampoco quiero que muera como un perro. ¡Tiene que ser juzgado legalmente para que todos sus crímenes se conozcan!

Percy lanzó otra carcajada.

—Sí, nena —dijo, mientras movía el revólver—. Legalmente.

Apuntó a Clarkson e hizo fuego.

Fue ése el momento que Dan Morton aprovechó para saltar. Reuniendo todas sus fuerzas y, con un impulso de loco, intentó desarmar a Percy; pero éste fue lo bastante rápido para hacer girar su arma y clavarle una bala en el hombro. Dan se lanzó para llegar de todos modos junto a Percy y arrancarle el revólver de la mano derecha.

Clarkson corría como un loco hacia el arma caída de uno de sus hombres. La tenía ya en la mano cuando Dan lo vio. Dan hizo un solo disparo, y la bala atravesó en línea recta la cabeza de Clarkson, marcándole un tercer ojo en mitad de la frente.

Lanzando un aullido infrahumano, Clarkson cayó para siempre.

Percy, conociendo la infalible puntería de Dan, no quiso arriesgarse a recibir el próximo balazo. Saltó por una ventana, haciendo añicos el cristal con su cuerpo y empezó a correr como un loco tratando de salir del parque. Dan, llevándose la mano a la herida, le siguió. Pudo haber disparado contra él, pero no lo hizo. Vio que Percy corría en línea recta hacia la ciénaga que había en el sector oeste.

—¡No vayas allí! —aulló—. ¡Cuidado, Percy! ¡No vayas!…

Intentó herirle en una pierna, pero el dolor le nublaba la vista y su disparo falló. Esto hizo enloquecer aún más a Percy, cuyos pies se hundieron en el barro sin que él se diera cuenta. Dan Morton, debilitado, cayó de rodillas y volvió a levantarse.

La vista se le nublaba. Todo lo veía como entre sombras.

—¡No avances más!, ¡no avanceees… sss…!

Fue inútil. Llevado de su ciego impulso, Percy se hundió hasta el cuello. Perdió completamente la estabilidad al hacer un esfuerzo desesperado para salir. Dan Morton cayó de rodillas al borde del pantano.

Hizo un esfuerzo angustioso para tender el brazo, pero no pudo lograrlo. El dolor le nublaba la vista, y la sangre perdida hacía que sus fuerzas fallasen. Lanzó un grito y, con un estertor, quedó desvanecido al borde del pantano, mientras Percy se hundía para siempre.

Recobró el sentido dos horas más tarde, en un rancho de las cercanías. Coral estaba junto a él. Y también vio rostros amables de rancheros a los que no conocía.

Un hombre vestido de negro terminó de cerrar un maletín —también negro—, mientras le miraba fijamente.

—Se ha librado usted de una buena, amigo. Un poco mis abajo y la bala le atraviesa el corazón.

—Creo que la dispararon… con esa idea.

—Y hubiera sido una lástima —dijo Coral, que apoyaba la mano en su frente—, porque él ya tiene el corazón atravesado.

—¿Que yo tengo el corazón atrav…? —empezó a decir Dan.

Pero de pronto comprendió, y una débil sonrisa asomó a sus labios mientras un guiño de complicidad se formaba en sus ojos.

—Creo que sí…, y tú eres la culpable —dijo.

—Además, somos ricos —murmuró Coral—. ¿No eras tú el heredero de Thomas Gardner?

—Mira, nena —dijo Dan con voz débil—, bastante trabajo vamos a tener para arreglar en Santa Fe lo de tu supuesta boda con Clarkson. De modo que la herencia pienso renunciarla en favor de los rancheros de esta comarca. Ya ha corrido demasiada sangre sobre mis manos desde que estoy en esta tierra. ¿Crees que después de esto podrás tener paciencia para vivir junto a un aventurero como yo?

Los labios de Coral dibujaron una sonrisa.

—Sí…

—Te advierto que, si no, tengo para elegir. Conozco también a una chica preciosa llamada Leonor, y por cierto pienso invitarla a la boda.

—Como invitada sí; como novia, no —dijo Coral, riendo.

Y Dan Morton rió también.

Pero los que más rieron fueron los que presenciaban la escena.

¡Dan Morton podía llevarse una mujer bonita, pero ellos se iban a hacer dueños de toda la fortuna de Clarkson!

¿Qué valía más?

Bueno, Dan Morton quizá hubiera podido decir algo sobre esto, pero Coral no le permitió decirlo.

Porque le cerró los labios con un beso.

FIN